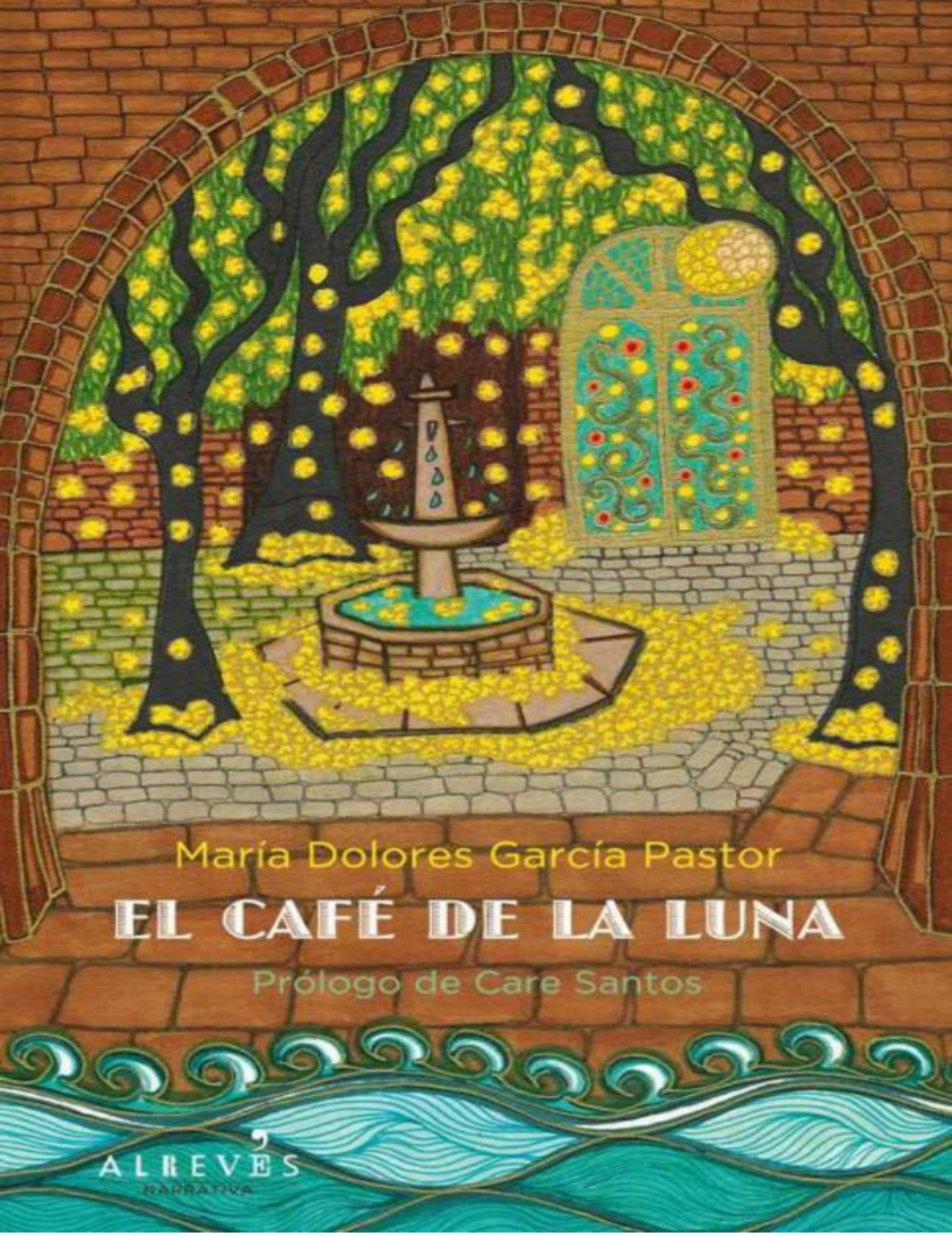
María Dolores García Pastor
EL CAFÉ DE LA LUNA
Prólogo de Care Santos
ALREVÉS
NARRATIVA

MarÍa Dolores García Pastor

EL CAFÉ DE LA LUNA

EDITORIAL ALREVÉS
Barcelona

Prólogo de Care Santos

Primera edición: marzo de 2012

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© María Dolores García Pastor, 2012
© del prólogo, Care Santos, 2012
© de la presente edición, 2012, Editorial Alrevés, S.L.
© de la ilustración de la portada: Judith Lloret Lansaque
© de la foto de la solapa: Desi Estévez

Printed in Spain
ISBN: 978-84-15098-50-8

Diseño de portada: Mauro Bianco

Impresión:
Liberdúplex

Conversión Digital: O.B. Pressgraf, S.L.
Roger de Llúria, 24
08812 Sant Pere de Ribes

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Per al Robert, l'home que em va donar la Lluna

Per a la Lluna, perquè tot el meu univers gira al seu voltant

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro es desnudar el alma y, me parece a mí, algo mucho más íntimo que dejar al descubierto el cuerpo. Llegados a este punto de intimidad, querido lector, he de hacerte una confesión: yo solo he escrito la historia, que se haya convertido en este libro es mérito de la profesionalidad y la generosidad de muchas personas a las que quiero aprovechar este espacio para reiterarles, una vez más, mi agradecimiento.

Agradezco a Esther Gassol Ventura que abriera las puertas del Café de la Luna. A Judith Lloret Lansaque que lo haya decorado tan maravillosamente. A Care Santos que me regalara la puerta de entrada. A Desi Estévez y a Victor Puig que consiguieran hacerme sacar bastante digna en las fotos. A Carlos Hugo Asperilla que siempre haya creído en mí más que yo misma, y que esté ahí para apoyarme y compartir. A Montse Bru que, tras el reencuentro, me pone una y otra vez sus inyecciones de optimismo. A Josep Forment, mi editor, por su determinación y nuestras charlas en «la oficina». A todo el equipo de profesionales de Editorial Alrevés del que ya me siento parte. Y a los ochenta miembros (en el momento de escribir estas líneas) de el grupo de Facebook El Café de la Luna, esos cafeteros que han vivido todo este proceso como si fuera algo suyo.

Y por último, pero no menos importante (los postres suelen ser lo mejor), quiero agradecerles a Lluna, Robert, Max y Puça su infinita paciencia, porque saben entender que cuando mamá desaparece por unas horas en la habitación de los libros es porque es una mamá «escritidora» y «leyente». Porque saben aceptar mis rarezas y me siguen queriendo aunque les robe tiempo para perderme en mis historias.

A todos ellos les doy las gracias por formar parte de este sueño.

La Luna, como una flor
en el alto arco del cielo,
con deleite silencioso,
se instala y sonríe en la noche.

Fragmento del poema «La noche» de William Blake

PRÓLOGO

El café de los sueños. Crónica de un paseo matutino

Querida María Dolores,

Me pides unas palabras que acompañen a estas historias tuyas del Café de la Luna. Lo haces, supongo, porque crees que acompañarán bien a tus palabras y aportarán algo a los lectores. Con perdón, lo dudo. Dudo que ningún lector prefiera perder el tiempo en esta introducción mía en lugar de pasar a lo que de verdad importa: el encuentro con la autora y cuanto tiene que contar, que es mucho. A pesar de todo, como me honras con la invitación y con el privilegio de leerte antes que el común de los mortales, te hago caso y entono unas palabras para la ocasión, aunque comprendiendo de antemano a quienes descrean de prólogos e introducciones y decidan saltarse a la torera mi preludio sin darle ni media oportunidad. Sabed, lectores que no me leeréis, lo mucho que os comprendo: yo haría lo mismo. De hecho, yo hago lo mismo casi siempre.

Tenía ganas de contarte, María Dolores, que esta mañana he salido a dar un paseo por las callejas de la Barcelona judía y gótica. Había dormido mal después de leerte hasta muy tarde y quizá por eso las sensaciones que despertó la lectura de tu libro seguían muy vivas aún. Hacía sol en nuestra ciudad. La mañana era tibia y la luz tenía algo de técnica barroca, como si alguien la hubiera tomado prestada de un cuadro de Velázquez o de Zurbarán. He caminado por la calle Avinyó hasta el mar, tratando de saber qué tiene esta ciudad que la hace parecer irreal, un territorio de ficción, cuando al mismo tiempo sabe ser tan carnal y tan verdadera. En el puerto, las gaviotas han dibujado mi hoja de ruta, me ha abrumado tanta claridad y tanta grandilocuencia y he desandado mi camino para regresar a las estrecheces que amo —que amamos—; entonces, de pronto, me he sorprendido dejándome mecer por el arrullo del agua de una fuente, a la sombra de los tilos, y contemplando la puerta de un local como un

vórtice: «El Café de la Luna», proclamaba su rótulo, a la entrada.

Nada más empujar la puerta acristalada he tenido la impresión que más que a un café, estaba entrando en una embarcación. Emprendiendo un viaje. El local parecía varado en mitad de la historia y echaría a andar en cualquier momento, con un destino impredecible. Todo el mundo allí parecía acostumbrado a las inclemencias del paso de los años y los siglos. Y también, y eso me ha agradado, a la llegada de extraños que muy pronto dejarán de serlo. He charlado un rato con Miranda, la propietaria, que hoy tenía el día más soñador que nunca. También con Libio, con Berenice, con Manuela y los otros. Hemos hablado de la vida, del paso del tiempo, del amor perdido, de las oportunidades que se van para no volver. No he querido decirles que ya sabía cuanto me estaban contando y tampoco que esos mimbres son, precisamente, la textura rugosa y dulce con que se teje la buena literatura. Tampoco les he dicho que cuanto más se prolongaba la conversación más crecía mi sensación de estar en otro mundo. Uno en que los sueños perdidos son parte de la arcilla con la que se modela la vida. Uno en donde la suavidad de los sentimientos solo es un engaño, porque la corriente submarina siempre nos arrastra y nos lastima.

Me hubiera quedado para siempre en ese café, María Dolores, en TU café. No quiero que me acuses de sensiblera, pero he sido feliz en él, rodeada de tus personajes. Me han preguntado por ti, pero no he sabido darles razón. «Estará por ahí, inventando», ha dicho alguno de ellos (creo que era Libio), «los escritores nos olvidan pronto, nada más inventarnos ya pasan a otra cosa, no son un ejemplo de constancia, que digamos».

No he querido contradecirle, solo apaciguarle un poco: «Pero vosotros quedaréis, amigo», le he dicho, y era sincera, «quedaréis para que otros sueñen a través de vuestros corazones». Y Libio, Miranda y los demás, han sonreído.

Al salir, la plaza me ha parecido otra. La ciudad entera había cambiado. El día era ahora gris y las gaviotas estaban furiosas. «Las gaviotas no soportan la realidad», me he dicho. Y Barcelona a veces se pone demasiado real para quienes amamos su otra cara. La que vive en el café de los sueños, en estas páginas, en tu capacidad de evocación. La que de verdad importa.

El Café de la Luna

En la confluencia de la calle del Call con Banys Nous, muy cerca de la plaza de Sant Jaume y de la catedral, se encuentra el Café de la Luna, pedazo de una Barcelona bohemia y oculta que pocos conocen. Tal vez les resulte extraño ubicar en el espacio este lugar de ensueño, pero es que los ensueños carecen de ubicación y no se encuentran en ningún lugar.

Caminando por las callejas medievales que rodean la soberbia iglesia principal, perdiéndose en rincones y recovecos, uno puede hallar espacios mágicos, encantados, difíciles muchas veces de volver a encontrar. La plaza del Record es uno de ellos. Surge de pronto, al girar una esquina, y se convierte en un regalo para las retinas. La primera sensación que se experimenta al atravesar el arco gótico que hace las veces de puerta de entrada es la de haber dado un salto en el tiempo, retrocediendo muchos años atrás para regresar a la época medieval.

Todo allí es armonía. En el centro de la plaza del Record hay una pequeña fuente. Su sonido cadencioso y suave provoca una inmediata sensación de tranquilidad. Tres enormes tilos conforman una frondosa cúpula vegetal por la que apenas se cuelan unos pocos rayos de sol que se proyectan en forma de haces de polvo de oro sobre el suelo. En primavera, pasada la época de floración, diminutos pétalos se dejan caer de estos árboles convertidos en una hermosa y delicada lluvia que no moja sino que acaricia.

Rodeado de ese impresionante marco se halla el Café de la Luna, ocupando los bajos de una casa de dos pisos construida en los años veinte. Sus compañeros en el espacio urbano son varios edificios levantados, piedra a piedra, en la Edad Media y restaurados y reconvertidos hace unos años. Uno de ellos, el de su derecha, es ahora una galería de arte; el otro, a la izquierda, alberga una biblioteca. También hay un par de ellos que permanecen cerrados a cal y canto envueltos en un halo de soledad y misterio.

En el caso del café, que parece ser un anacronismo en ese enclave, la parte visible desde el exterior fue construida a principios de los años veinte, pero los cimientos originales pertenecen a la época romana de la ciudad. Aquí hubo una casa de placer en la antigua Barcino y, más tarde, en época feudal, una casa señorial. En ella vivieron sus amores adúlteros la bella Medea y el apuesto señor de Monforte, un caballero venido a menos por esas vueltas que da la rueda de la casquivana Fortuna.

Medea y el señor de Monforte se amaron a escondidas con una pasión y un fuego tales que les sobrevivieron tras la muerte. Ella era la hija de un rico comerciante a la que casaron a la fuerza con un poderoso noble que tenía casi la edad de su padre. Entonces, envuelto en las brumas de lo prohibido, llegó aquel hidalgo del que se enamoró perdidamente. Nada pudieron hacer por evitarlo los consejos de su aya ni las prohibiciones y reprimendas de su madre. En las noches cálidas de la Ciudad Condal, cuando el marido ausente era poco más que un recuerdo molesto, Medea y Monforte se amaban hasta la extenuación. Hay quienes dicen que, de madrugada, aún pueden oírse los gemidos de los apasionados amantes mientras hacen el amor.

Adentrarse en el Café de la Luna, traspasar su puerta de factura modernista con sus hojas en cascada y sus estrellas de cuatro puntas, es un viaje para los sentidos. La luz del interior, a cualquier hora del día o de la noche, es un tenue resplandor de Luna llena. El plenilunio circunda cada una de las sillas, cada mesa, y hasta hace nido en el corazón de su única camarera.

La camarera de este pintoresco local, la bella Miranda, es también su dueña. Tiene unos cuarenta y muchos o cincuenta años, al menos esos son los que aparenta. Casi siempre lleva el cabello suelto cayéndole sobre los hombros. Viste ropa holgada de vistosos estampados y luce al cuello grandes medallones, mientras que de sus orejas cuelgan pendientes de un tamaño equivalente. De ella se cuentan un sinfín de historias.

Dicen las malas lenguas que fue una mujer muy hermosa de la que se enamoró un tipo rico y casado, muy rico y muy casado. Fueron amantes durante un tiempo. Ella iba para actriz, pero él la sacó de trabajar y le puso un piso en la zona alta de la ciudad, un sitio discreto y caro, muy caro. Eso no fue suficiente para la bella Miranda, que no

se conformaba con ver a ratos al ricachón y quería el amor de su hombre todo para ella. Pero él no estaba dispuesto a concederle la exclusiva de sus quereres y sus desvelos. Se debía a su mujer oficial, una niña bien de la burguesía catalana de la época, y, como luego supo Miranda, a sus otras muchas amantes.

Saltaba a la vista que aquello no podía durar por mucho tiempo. A la bella le gustaba ir de cara. Si había sido la amante, «la otra», había sido única y exclusivamente por amor, pero poco a poco las cosas habían ido cambiando… porque todo tiene un límite, hasta la idiotez del amor. Ella quería más. Estaba cansada de quedarse en casa esperando. Estaba harta de ver las medias sonrisas burlonas, insinuantes, que le dedicaban los caballeros que eran sus vecinos, al tiempo que odiaba los gestos de superioridad y desprecio con que la obsequiaban las mujeres de aquellos tipos cuyas miradas lascivas denotaban que la deseaban con morbosa codicia. Así es que se cansó.

Le dio un ultimátum al rico adúltero y él le volvió a contar cuentos chinos que ya no la convencían. Le pidió que eligiera entre su mujer y ella, y él le dijo que no podía. «Qué brazo me corto que no me duela», le respondió. «Pues tendrás que cortarte uno, aunque te duela —pensó ella—, y si no te lo cortas tú, ya te lo cortaré yo.»

Y se lo cortó. Miranda tomó una decisión: sacó a la venta el pisazo de la zona alta y pronto encontró comprador. Cuando el amante adúltero se enteró puso el grito en el cielo, el piso era suyo y no estaba dispuesto a perderlo. Entonces, la bella Miranda hizo algo que nunca pensó que haría: o me dejas venderlo y me firmas los papeles o le voy con el cuento a tu mujer… Y al tipo se le acabaron los argumentos. Era un trato justo, como decía doña Josefina, la abuela de Miranda, «lo *dao* por lo *tocao*».

Con lo que sacó de su historia de amor finiquitada, la bella compró el local en el que ahora late el Café de la Luna. Era un bajo oscuro y mohoso que olía a chamusquina y que ella ha convertido en un palacio para los corazones soñadores y solitarios que pueblan la urbe. Tumbó un tabique aquí, abrió una ventana allá, dio una mano de pintura, puso una barra de esas de madera torneada y fue colocando aquí y allá diversos cachivaches que compró en casas de empeños, anticuarios o en los encantes viejos.

Para las mesas de los clientes, pies de máquinas de coser antiguas.

Para los sobres de esas mesas, piezas de mármol que no son otra cosa que lápidas con la inscripción equivocada. Lo había leído en una novela, hacía mucho tiempo. Pensó que podría tratarse de un desvarío de la imaginación del escritor, pero como no andaba sobrada de recursos, decidió dirigirse al marmolista más cercano para hacerle la consulta. El grabador de epitafios estuvo encantado de poder sacarse de encima aquellas piedras inútiles, de sacarles algún partido, ya que nadie se las quería comprar por pura superstición. Pero Miranda siempre tuvo presente una frase que decía su abuelo: «A los muertos no hay que tenerles miedo, es a los vivos a los que hay que temer».

Sobre cada mesa había puesto un jarroncito en el que casi a diario coloca una flor. Tulipanes, lirios o claveles, dependiendo de las que estén más baratas, de las que a mejor precio le deje su amigo el Demetrio que tiene un puesto de flores en las Ramblas. Y esas flores sobre las mesas que en realidad son lápidas se convierten en una alegoría a la muerte llena de vida, la vida que le dan los clientes que sientan cada día en ellas sus anhelos y sus sueños, sus alegrías y sus tristezas.

Durante todos los años que las puertas del local han estado abiertas, su dueña ha ido atesorando objetos diversos para colgar en sus paredes y colocar sobre estantes, muebles y repisas. En un rincón hay un viejo piano desafinado. Miranda no sabe nada de música, ni siquiera ha sentido alguna vez la tentación de tocarlo, pero se enamoró de él nada más verlo. Le dio tristeza su aspecto solitario y desamparado, le dolió que alguien hubiera podido deshacerse de un objeto tan hermoso y decidió que quedaría perfecto en el ángulo derecho de su café, en el rincón que componen la barra y las escaleras que llevan a la pequeña bodega que hay en el sótano.

La bodega es una catacumba forrada de madera con botelleros de diversas procedencias y materiales. Tiene también sus telarañas que le dan solera y mucho polvo añejo situado estratégicamente donde debe estar. Huele a humedad pero también a popurrí de flores, porque a Miranda le encanta ese olor. La mezcla de aromas le recuerda a su propietaria tiempos pasados y no sabe muy bien por qué. Del techo cuelga una oscilante lamparita Tiffany de imitación que emite una luz anaranjada y mortecina.

En el profundo sótano aún quedan vestigios de época romana, de

aquella Colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino. Apenas restos de la cimentación de la vivienda primigenia, algunas paredes reaprovechadas y un pedazo de capitel dórico. Es poco pero lo suficiente para conferirle a la estancia subterránea un aura especial. El lupanar que albergó en tiempos del Imperio fue un sitio concurrido y un negocio próspero. Y aunque prostitutas, actores y gladiadores eran, en la Roma clásica, paradigmas del deshonor porque atentaban contra la *dignitas* de la alta ciudadanía, los buenos ratos pasados entre sus muros de piedra han dejado en el Café de la Luna un montón de buenas vibraciones y momentos de placer cuya evocación se respira en el aire. Tal vez el aroma que Miranda atribuye a la mezcla del olor a humedad y popurrí de flores no sea otra cosa que el perfume del placer y la fornicación que han quedado atrapados entre las ruinas de la primera construcción.

Rara vez sale una botella de buen vino de la bodega. No atesora grandes joyas enológicas, ninguna botella del mítico Château Pétrus, pero, en su modestia, guarda algún que otro buen caldo a la espera de poder oxigenarse. Aunque, para qué engañarnos, los clientes que frecuentan el lugar son gente de pocas celebraciones. Son soñadores, almas libres que deambulan por la ciudad sin dejar huella. Para ellos una taza de café, una agüita mineral, una infusión o un refresco son más que suficiente. En un día de celebración les basta con la buena compañía, una magdalena o una bolsita de patatas como extra, poco más.

Cada día Miranda sirve un buen puñado de cafés. A fuerza de repetir ya se los sabe de memoria y es capaz de relacionar cada cara con su café y hasta con el acompañamiento de los días de fiesta. Cargado, corto de café, con sacarina, con leche, desnatado de máquina y con sacarina…, las peticiones de cada cliente suelen decir muchísimo de ellos, de cómo son. Lo mismo que el lugar que escogen para sentarse.

Pasada la puerta de los motivos vegetales y las estrellas, a la luz del plenilunio que todo lo invade, cada rincón tiene su personalidad y un determinado cliente que siempre lo elige. También cada punto exacto de la barra pertenece a uno de los miembros del café. El hombre que hace de figura en las Ramblas, don Pablo, siempre se sienta en la mesa que preside la imagen de la Luna de Georges Méliès.

El famoso rostro del astro con el cohete metido en el ojo. Debe de gustarle porque es actor. Frustrado, pero actor. Todos los habituales ya conocen su preferencia y la respetan, pero si llega algún desconocido y le invade la mesa, la estatua de la diosa de la Fortuna se espera en la barra hasta que el intruso se levanta para marcharse. Es entonces cuando asalta la silla que hay justo al lado del *Viaje a la Luna* y la reclama en silencio y con una gran sonrisa de triunfo y satisfacción.

También está Berenice, la chica que ha venido desde Colombia para trabajar y poder mandarle dinero a su familia. Ella siempre escoge la mesa que hay al lado del piano. Cuando se sienta allí sueña con su amor secreto, con un bello desconocido con el que comparte lecho pero al que nunca ha visto. Intuye su rostro, rememora su aroma… Mientras toma su café con leche de cada día imagina que está con él, que le habla y le coge de la mano. Cuando acaba su bebida y llega la hora de la partida, se va caminando pensativa hasta ese piso patera que comparte con otros hombres y mujeres venidos de allende los mares a la ciudad del mar.

Pero, aunque a Berenice le gusta el viejo instrumento, la verdadera enamorada del piano de Miranda es la vieja Manuela, una anciana solitaria y amante de las flores que revive, a diario en el café, su pasado de estrella de un local clandestino. Manuela, la abuela cebolleta como muchos la llaman, siempre toma una tilita bien caliente. Nunca se sienta. Pide a pie de barra y, mientras espera a que Miranda le sirva su infusión, mira ensimismada el bello instrumento de teclado y percusión, hermano del clave, la espineta y el clavicordio.

Con su tila entre las manos, sea invierno o verano, apretándola como si temiera que se la fueran a arrebatar, la abuela cebolleta se dirige despacito hacia el piano, casi como si fuese parte de un ritual. Luego se queda mirándolo con cariño y devoción. Al principio de ir por el Café de la Luna y verla allí de pie, la pobre Berenice, en alguna ocasión, la había invitado a sentarse con ella. Pero la anciana siempre rehusaba con educación y agradecimiento, casi con ternura. Ya estaba bien allí, gracias.

Algunos días, los que amanecen lluviosos o nublados, Manuela se arma de valor, levanta la tapa del teclado y le arranca alguna nota lastimera. Los sonidos son claros y vibrantes… hermosos. Y ella

sonríe. Bebe su infusión a sorbitos pequeños, saboreándola con deleite como si fuese un carísimo vino francés. Y luego se va. Pasa por delante de la barra, deja la tacita allí encima y vuelve a sonreírle a la propietaria.

Cuando Manuela se va da paso a Libio Sanjuán, el escritor. Libio es un intelectual de los de antes, de esos que tan pocos quedan hoy en día. Siempre lleva americana: gris de pata de gallo para el frío y clarita de lino para el calor; raídas, desgastadas y deslucidas todo el año. Las acompaña con una gorra de pana en invierno y un sombrero panamá en verano. Lleva gafas con montura como de alambre, muy ligeras y algo pasadas de moda, como las que llevaba John Lennon pero bastante más roñosas. Anda siempre cargado de libros y papeles en los que anota sus ideas. Toma un café negro, a veces dos. En los malos tiempos, cuando no le llegaba para pagar, le regalaba a Miranda un poema. Ahora le paga en euros, pero no quiere gritarlo a los cuatro vientos no vaya a enojar a la mala fortuna y la haga regresar.

Sanjuán se sienta en la mesa que hay en el rincón, a mano izquierda de la puerta, al lado de la que ocupa don Pablo. Su lugar fijo en el café está en la mesa que se halla justo al lado de la repisa en la que hay una antiquísima máquina de escribir. Cerca, en un extraño marco, un ejemplar de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda. Será por esas casualidades que tiene la vida o porque, en el fondo, cada uno de nosotros se mueve hacia lo que conmueve a su corazón, hacia lo que desea. A veces, en invierno, el escritor siente la tentación de sentarse a la mesa que está frente a la chimenea, pero la dulce calidez de la llama de la leña ardiendo le produce somnolencia y no es compatible con las rutinas de su oficio. Él busca inspiración entre las cuatro paredes del Café de la Luna. Él crea al amparo de la luz del plenilunio. Amodorrado, las casquivanas musas huirían de su lado, pues detestan la pereza.

Libio adora los libros, no solo los que escribe él, como algunos compañeros de oficio que únicamente aman los que llevan su nombre impreso, él los ama sin distinciones. Todos son objeto de su devoción. Esa adoración le llevó a sugerir a Miranda que colocara una gran librería esquinera en un rincón «desaprovechado» del local. Y aún más, ese apasionamiento le hizo también colaborar en la compra, e incluso ayudó a instalarla y la llenó con algunos de sus libros. Gracias

a esa estantería, el escritor encontró a su lector. Juan Salas llegó al establecimiento atraído por el aroma a café y a libros que este desprendía. El lector ocupó una mesa y su tiempo se llenó de buenos libros y mejores charlas con el escritor que quiso convertirlo en su cómplice. Juntos, en simbiótica armonía, completaron el ciclo de la literatura: lectura y escritura se alimentan, escritor y lector no son nada el uno sin el otro.

La chimenea es otro de esos objetos de Miranda con personalidad y vida propia. Aunque Libio la desdeña por los efectos soporíferos que ejerce sobre él, le agrada verla encendida. Ya estaba en el local, por supuesto, pero la piedra original había quedado oculta bajo una capa de escayola con volutas y retorcidos motivos barrocos. Prometeo Díez, el escultor que se esconde bajo la apariencia de un humilde albañil, la rescató de allí para Miranda. Desde ese día siempre se sienta frente a ella para contemplarla. Como dice la propietaria, «el padre de la criatura» no pierde de vista su obra. Allí, mirando la belleza que se esconde en las cosas más simples, se toma una cerveza bien fresquita con sus aceitunas en cualquier momento del año. Prometeo apenas pasa unos minutos en el café. Está empleado en una obra en el turno de noche, trabajando a destajo y durmiendo durante el día. Sus escasos días de fiesta, sus poco habituales ratos libres, los pasa visitando algún museo o alguna galería de arte y soñando, en algún rincón, con una mujer a la que imagina e intuye, a la que algún día tendrá el valor de esperar para descubrirla.

Esa mujer no es Clara. La muchacha olvidada, la bella solitaria que pasea su frustración por la ciudad y a la que un buen libro tiene la capacidad de devolverle la sonrisa. Un sueño incumplido la llevó a abandonar una vida cómoda y segura pero vacía. De bella dama florero ha pasado a ser una divorciada feminista al margen de aquel marido que la cosificó y la abandonó a su suerte y a las soledades de unas ausencias continuadas a las que la sometía para irse con su verdadero amor que era su profesión. Ella se quedó sin oficio ni beneficio, sin vida, para acabar convertida en un trofeo de caza, en un bello animal de compañía al que exhibir y al que, de vez en cuando, obsequiar con una caricia. Clara entró en el Café de la Luna un día de depresión, uno de tantos. Le llamó la atención el nombre, le pareció bonito. Pidió la carta de tés, sacó de la mochila su vieja agenda

reencontrada y allí se quedó: pasando páginas y haciendo llamadas hasta que las voces del pasado le devolvieron a la persona que había sido.

Y en otro interior, en el de Bruno Fusa, permanecía oculto un duende. Esto es real, no me lo invento. El afinador de pianos, el músico callejero, llegó un día preguntando dónde estaba el piano que precisaba ser afinado. Era evidente, pensaron todos los que le oyeron preguntar, al fondo a la derecha. Lo que no estaba tan claro era quién le había llamado para que llevase a cabo la afinación. El joven Fusa, músico callejero por vocación y afinador de profesión, ocupó la mesa que se encuentra frente a la barra y al lado de la de Berenice, muy cerca del piano.

En la barra, un ratito cada día charlando con la propietaria, está Demetrio el florista. Demetrio trae flores a Miranda a diario cuando cierra a mediodía su parada de las Ramblas. Está enamorado de ella desde que la vio, Ramblas abajo, tomada del brazo de un ricachón que se pavoneaba orgulloso de llevarla a su lado. Aquel día la hermosa mujer se paró frente a sus flores y las estuvo oliendo y mirando. El hombre que la acompañaba sacó su abultada billetera y le compró un ramo. El florista, con mucho gusto, se las hubiera regalado.

Así transcurren los días en el Café de la Luna, tranquilos. Las cuatro paredes del local albergan, además de a sus clientes, mil existencias pasadas y esperan la llegada de otras miles futuras. Sus secretos y sus miserias, los latidos de su pulso y el vaho de su respiración. Al amparo del plenilunio afloran pasiones que se desconocían. Al traspasar su puerta de hierro forjado nunca sabe uno lo que puede llegar a ocurrir.

El universo está lleno de seres sensibles que buscan un lugar en este mundo o fuera de él, un espacio donde poder sentirse libres, donde poderse sentir bien. Antaño fue un prostíbulo romano. Allí acudían patricios y plebeyos a saciar sus mundanos apetitos y a dar rienda suelta al fluir de su placer. También allí Medea y el señor de Monforte soñaron con que un día su amor podría ser real. Más tarde, durante la oscuridad del franquismo, fue un antro donde se bebía y se fumaba, donde el juego y las canciones de la hermosa Nela gozaban del beneplácito de los que frecuentaban el local clandestino de puertas cerradas en el que se había convertido.

Este refugio es, hoy, el sueño de Miranda. Allí se da cita un buen puñado de corazones solitarios y soñadores que dirigen sus pasos por la ciudad en busca de un rincón donde ser felices, donde dejarse llevar. En las paredes del local han quedado atrapados mil gemidos y suspiros, mil deseos, mil montañas escaladas para llegar al clímax de la cima coronada. Sudor, semen, saliva y lágrimas. Pasarán mil años, incluso algunos más, y el Café de la Luna seguirá donde siempre ha estado. Porque los lugares permanecen en el tiempo conservando en su interior las esencias de quienes los habitaron.

La estatua que se enamoró del mar

Don Pablo llegó a Barcelona transportado por un suave viento terral que lo arrastró hasta la costa. Venía del interior, de las tierras de secano, y el olor a salitre y la textura de la arena lo embriagaron. Con la brisa marina acariciándole el rostro tomó la decisión de quedarse en la ciudad para siempre. Bueno, la verdad es que para siempre es demasiado tiempo, así es que decidió que se quedaría hasta que los latidos de su corazón lo llevaran a otra parte.

Hay que decir que por aquel entonces don Pablo no era don Pablo. Tan solo era un muchacho al que nadie que lo hubiera visto hubiera llamado don Pablo, sino Pablo o Pablito. Dicen que quien sigue el camino del corazón no suele equivocarse. Eso fue lo que él pensó. Y es que la primera vez que vio el mar, Pablo se enamoró. Era tan azul, tan inmenso, tan sonoro… Había pasado demasiado tiempo idealizándolo y temía sufrir una decepción. Pero el mar era mucho más bello de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Y había imaginado mucho, durante muchos años. Veinticinco, para ser exactos, y eso daba para imaginar un montón. Todo ese tiempo lo había pasado en un pueblo reseco y triste, como sus gentes. Un pueblo *mesetario* donde los paisajes eran duros y extensos, ilimitados. Pero pese a lo amplio de los horizontes de su pueblo natal, en aquel lugar Pablo se sentía atrapado. Había nacido allí y estaba predestinado a seguir allí anclado de por vida. Su padre era agricultor, su madre ama de casa y poseían un pedazo de tierra salpicado de cultivos. Era la herencia familiar y en él se alzaba una vetusta casona.

La vivienda y las tierras habían pertenecido a su familia durante muchas generaciones. Siempre las había heredado el hijo mayor. En su caso, y como no tenía más hermanos, la casa sería para él, era su legado. Se trataba de una construcción grande y vieja, pero confortable. Cada verano su padre la encalaba para que luciera pulcra y hermosa, y aún conservaba los suelos originales de una floreada cerámica de Manises. Pero la casa, las tierras, el pueblo y todo lo que

les rodeaba le ahogaban, no le dejaban respirar.

Sin duda, en aquel torbellino de sentimientos influían los sueños del muchacho. Y es que Pablo tenía la cabeza llena de pájaros, porque Pablo quería ser actor. Eso y ver el mar eran las dos cosas que más deseaba, que siempre había deseado. La gente que le conocía, la gente normal, ambicionaba casas, las tierras de la familia, una persona a la que amar… pero él quería ir hasta el mar y vivir mil vidas ajenas, interpretar, ser cada vez una persona diferente y desconocida hasta para sí mismo.

El recuerdo del día en que les dijo a sus padres que quería irse a otra ciudad para estudiar y ser actor nunca le abandonaría en toda su vida. Jamás podría olvidar la expresión de incredulidad y dolor de sus caras. Estuvo a punto de darles un síncope. No atendieron a razones. Su madre lloró por la desgracia que el Señor les había enviado. Su padre le prohibió terminantemente que siguiera soñando.

Pero Pablo no quería dejar de soñar, no podía. De todas maneras, ¿quién puede prohibir a nadie tener sueños? ¿Cómo puede uno mismo evitar el tenerlos? No se puede luchar contra lo que se es, contra lo que se lleva dentro, contra lo que late en el interior de cada persona. Así es que el sueño siguió creciendo y creciendo día a día, a cada momento un ápice más hasta convertirse en un imperativo vital, una necesidad que lo atormentaba y guiaba sus pasos.

Y un día Pablo se marchó. Cumplidos los veinticinco, sintió que se había hecho mayor para seguir esperando y decidió partir. Una bolsa con cuatro prendas de vestir, sus pocos ahorros, un par de zapatos nuevos por si se tenía que mudar y una foto de Sarita Montiel autografiada. No le hacía falta más. Tomó el tren y se alejó de su casa en la Meseta para acercarse a su sueño un poco más con cada tramo de raíl recorrido. Atrás quedaba todo lo que conocía, todo lo que le era querido, su familia y sus amigos. Pero en el horizonte se vislumbraban sus sueños y eso le dio valor cuando aparecieron las dudas y el miedo.

Cuando Pablo llegó por primera vez a Barcelona, a la estación de Francia, a lo lejos, apenas a unos metros, atisbó el mar. Corrió como un loco en dirección a su lugar de destino, porque él no viajaba a la ciudad, él quería llegar al mar. Corrió tanto y tan desenfrenadamente que, cuando se detuvo, sintió que se ahogaba. Tal vez, al esfuerzo por

la carrera se sumó la emoción.

Ahí estaba. Azul, líquido, inmenso. Sintió ganas de llorar, pero los hombres de esa época no lloraban, así es que se tragó las lágrimas. Tenían un gusto salado que le hizo pensar que se había bebido el mar. Eso le gustó. Pasó varias horas sentado frente al gran azul. Hipnotizado por su tenue vaivén de agua atrapada en el puerto. Aspiró inmensas bocanadas de salitre y espuma marina, bebió su humedad. Así hasta que empezó a oscurecer. Entonces, vio cómo la Luna comenzaba a aparecer tímidamente en el cielo, pálida y delicada.

Le pareció una visión realmente hermosa, el broche de oro a su sueño de ver el mar. Andaba así de embebido en sus ensoñaciones cuando cayó en la cuenta de que había olvidado buscar un lugar donde alojarse. Tampoco eso le preocupó demasiado. Se arrellanó cómodamente en el portal de uno de los edificios del puerto, usó su bolsa de almohada y tardó muy poco en quedarse dormido.

Lo despertaron los gritos de las gaviotas justo a tiempo para ver el amanecer en el mar. Era mucho más de lo que podía esperar en el primer día de estancia en aquella ciudad marina. Pablo no sabría decir si fue ese el momento en que sucedió o si había sido nada más verlo o si ya venía en aquel estado de casa, pero sucedió: se había enamorado del mar.

Los días siguientes fueron duros. Tenía que buscar un sitio para dormir, un trabajo… y, por si fuera poco, debía llamar a sus padres para decirles dónde estaba y lo que había pensado hacer a partir de ese momento con su vida. En esas andaba, un poco deprimido y melancólico, solo con el consuelo de poder ver de tanto en tanto a su amado mar, cuando sus pasos lo llevaron bajo un arco gótico, como por arte de algún sortilegio.

Lo traspasó expectante, con una extraña sensación de irrealidad pero también de bienestar. La imagen que capturaron en ese momento sus retinas lo sobrecogió. Pensó que había desfallecido por el cansancio de los días pasados a la intemperie, comiendo de cualquier manera, y que estaba sufriendo una alucinación. Creyó que estaba soñando, o peor aún, que se había muerto del agotamiento.

Ni lo uno ni lo otro. Estaba vivo y el corazón le latía con más fuerza que nunca en el pecho. Se hallaba en una plaza de aspecto medieval con una fuente en el centro que susurraba deliciosas

melodías líquidas y una bóveda verde adornada con florecitas amarillentas que lo cubría todo. Miró a un lado y a otro. Lo que vio le gustó. Aquel rincón irreal le pareció hermoso y acogedor. Divisó una puerta de hierro forjado con bonitas formas vegetales y estrellas de cuatro puntas. Leyó el rótulo que coronaba la entrada de aquel sitio que, en letras de formas sinuosas, rezaba: «Café de la Luna». Pensó que el nombre era precioso y que el lugar también debía serlo.

Hay que decir que en esos momentos el establecimiento había abierto sus puertas no hacía demasiado tiempo. Miranda, la propietaria, lucía, por aquella época, hermosa y joven, con la piel de su rostro tersa y los labios naciendo en perpetua sonrisa.

Pablo encontró tras aquellas paredes un hogar acogedor, un punto de referencia para sus días de náufrago en la ciudad del mar. Había poca cosa de decoración en el local. Aún no estaba allí el hermoso piano que con el correr de los años se convirtió en una de las presencias más amadas por los clientes del café. Lo que sí estaba, en realidad siempre estuvo porque fue lo primero que Miranda colgó en una pared, era la fotografía del *Viaje a la Luna* de Georges Méliès. A su lado se sentó la primera vez que entró, famélico y cansado, y allí se comió su primer bocadillo de fuet metidito dentro de dos estupendas rebanadas de *pa amb tomàquet*.

Don Pablo nunca olvidará el sabor de aquel bocadillo, ni su olor, ni la textura del pan crujiente y el embutido blandito en su boca. A veces, cuando le pide su bocadillo de fuet a Miranda, vuelve a sentir lo que sintió aquella primera vez… y casi se le saltan las lágrimas. Era hambre, sí, pero también fue el sentir que había encontrado un lugar parecido al hogar donde recalar sus exhaustas naves.

La mirada de la mujer que le sirvió aquel día, los ojos de Miranda, fueron para él un remanso de paz. Sus palabras y sus gestos desprendían calor de familia. La dueña del café lo vio tan delgadito y ojeroso que le sacó también un plato de garbanzos de los que tenía para comer ella misma aquel día.

A partir de entonces la suerte de Pablo cambió. Tal vez fueron las fuerzas renovadas, las ganas recuperadas y la ilusión reencontrada. Tenía un sitio al que regresar y eso le hacía sentir bien. También tenía la perenne sonrisa de Miranda, sus palabras de ánimo y los guisos que le servía solo a él, ya que el Café de la Luna no era un bar de comidas.

Los días fueron pasando con aromas a café antiguo y salitre, con brisas de ensueños y sal. Y Pablo encontró un trabajito aquí y otro allá. Al principio tuvo que trabajar de cualquier cosa. Tenía que pagarse el pisito que había alquilado en la calle Hospital. Era un lugar pequeño pero acogedor, apenas una buhardilla con un par de ventanas al exterior y un balconcito donde, por las mañanas, se posaban las palomas.

Con un colchón viejo, cuatro muebles recogidos de la basura y poco más, Pablo se construyó un hogar. En las paredes colgó algunas fotografías de sus padres, de sus amigos, del pueblo, algunas láminas y otros objetos como un abanico de su madre o un espejo que había comprado en los encantes viejos. Alguien le regaló un canario que le acompañaba en sus horas de soledad haciendo de su día a día una melodía compartida. De nombre le puso Carusito, en honor al famosísimo y mítico tenor.

Pablo trabajó de aprendiz en casa de un zapatero, de chico para descargar camiones en la Boquería, de repartidor de publicidad de un garito para extranjeros en las Ramblas y de muchas cosas más. En sus ratos libres, que variaban según el oficio de turno, el joven buscaba trabajo como actor, su otro gran sueño.

Y entre el trabajo, las audiciones y las visitas al Café de la Luna, siempre sacaba aunque fuera un momento para acercarse al mar. A diario Pablo solía bajar las Ramblas en dirección a Colón. Lloviera o hiciese sol. A veces, si no había tenido tiempo durante el día, amparado por la oscuridad de la noche. Era como ir a visitar a la mujer a la que amaba, a la novia, como le decían algunos de sus amigos.

Una novia hermosa y comprensiva, cariñosa, que con su suave arrullo le infundía tranquilidad. Por muy malo que hubiese estado el día ella, la mar, tenía la fórmula mágica para hacerle olvidar. Salitre, olas, gaviotas… felicidad.

Y pasaron los años. Y Pablo se convirtió en don Pablo. Sus padres murieron cuando les tocó, cobijados en una vejez cómoda y sin complicaciones. Después de lo que le había dicho su padre, cuando llamó por teléfono para contarles que estaba en Barcelona, se le quitaron las ganas de volver hasta de visita. Murieron sin volver a verle y, antes de emprender el tránsito hacia el otro mundo, lo

desheredaron.

Aunque no diga mucho en su favor, Pablo no les había extrañado durante esos largos años. Lo cierto es que tampoco era demasiado consciente de lo veloz que había pasado el tiempo. Y es que, a diario, aquel actor enamorado del mar había pasado tantas horas viviendo vidas ajenas que se había olvidado de la suya. Vivió existencias breves de ficción que le reportaron glorias caducas, una felicidad pasajera hecha de los momentos en que se sentía un verdadero actor, un cómico de corazón, un farandulero.

Pero la Fortuna, esa diosa caprichosa y voluble que nunca atiende a razones y que se mueve según sopla el viento, no le fue propicia. Fue de aquí para allá sin conseguir ser un gran actor, pero siendo feliz mientras vivía el sueño. Transitaba por su vida a través de las vidas ajenas que interpretaba y tenía cerca a su amado mar.

Y el tiempo siguió pasando silencioso. Y dejó huella en sus ojos, en sus labios y en su piel. Los chicos que le venían pisando los talones para subirse a los escenarios estaban muy preparados, mucho más que él. Habían estudiado en institutos del teatro, escuelas de danza, habían tomado clases de dicción… y lo suyo era pura vocación. Pero su predisposición innata no era suficiente para competir con ellos y, al final, tras muchas desilusiones y no menos fracasos, se rindió. Siguió yendo a audiciones, aguantando que los chavales se burlaran de él y soportando las negativas, hasta que un día no pudo más. El mundo que amaba se le había caído encima, se le habían esfumado los sueños a base de desesperanza. Pasó unos días encerrado en casa. No comía apenas, solo fumaba y bebía. Su cuerpo se empapó de alcohol. Dejó de acudir al Café de la Luna, se alejó de Miranda y de sus bocadillos de fuet y ni siquiera se acercaba al mar.

Una tarde, cansado de sufrir y de aquella soledad etílica, se fue al puerto a ver al mar. Mientras respiraba el olor a salitre y se dejaba acariciar por la brisa marina, pensó que sería fácil fundirse con su amada y desaparecer por siempre acunado por su vaivén y su murmullo. Se dejaría morir. Llenaría sus bolsillos de cosas pesadas. Si unas piedras habían ayudado a Virginia Woolf a ser engullida por el Ouse, también le darían a él la libertad en el Mediterráneo.

Lo preparó todo. Escribió una carta de despedida dirigida a… bueno, en el remite escribió simplemente: «A quien pueda interesar».

Le abrió la jaula al pequeño Carusito y lo dejó marchar con lágrimas en los ojos. Buscó un viejo gabán pasado de moda y le cosió plomillos en los bajos y en los puños y también metió una enorme piedra en cada bolsillo. La noche antes del día elegido para pasar a formar parte del mar, pensó en su refugio, en el lugar que ahora era lo más parecido a un hogar que tenía, en sus parroquianos, en la hermosa Miranda y, de pronto, le entraron unas ganas enormes y nostálgicas de despedirse de todos ellos.

Tuvo un sueño intranquilo, plagado de sobresaltos de esos que suelen acontecer cuando uno está quedándose dormido y sueña que tropieza o se cae y su cuerpo siente la sacudida de la atracción gravitatoria. Amaneció resacoso y somnoliento, cansado y envuelto en sudor. Se duchó pensando que era la última vez que lo hacía. Se miró en el espejo para afeitarse y guardar en su memoria aquella última imagen. Luego cayó en la cuenta de que los muertos carecen de memoria, esa facultad del alma gracias a la cual atesoramos el recuerdo de lo pasado. Así que era inútil intentar guardarla porque no permanecería.

Sintió un nudo en el estómago al ver la jaula vacía de su buen amigo. Habían pasado tantos años juntos, era tan viejo el pobre animalito que se preguntó si no había sido una gran crueldad soltarlo para que se buscara la vida después de haberlo acostumbrado a la comodidad del cautiverio. Pero se quitó su recuerdo de la cabeza imaginando que, si había muerto, pronto volverían a estar juntos en el cielo.

Una vez aseado y vestido decidió pasar aquel último día haciendo cosas por última vez. Tenía que ocupar el tiempo hasta que la oscuridad le proporcionara la intimidad que necesitaba para llevar a cabo su última actuación. Continuaban las ganas enormes de volver a probar, una vez más, la sensación más parecida a tener una familia que nunca había experimentado. Necesitaba pasar un rato de su último día en el Café de la Luna.

Sus pasos lo llevaron hasta allí de manera casi inconsciente porque lo que le llevaba hasta aquel lugar era su corazón. Traspasó el arco gótico que daba acceso a la plaza del Record y se quedó unos segundos mirando la fuente embobado, dejándose atrapar por su relajante y cadencioso fluir. Enseguida enfiló hacia la puerta del café.

Los vidrios con motivos vegetales y estrellas de cuatro puntas le hicieron sentirse bien. Y sonrió al verse atrapado en la magia de la risa franca de Miranda.

La mujer lo vio dirigirse a su mesa al lado del póster de la Luna de Méliès y condujo sus pasos tras los del hombre portando un plato de porcelana blanco con una cenefa azul en las manos. El plato contenía un delicioso bocadillo de fuet y pan con tomate, de aquellos capaces de hacer revivir, en un solo mordisco, maravillosos recuerdos. Una botellita de agua fresca para beber.

Aquel día Miranda no tenía demasiado trabajo. Era un poco más tarde de la hora en que Pablo solía visitarla, pero no le dio importancia. Estuvieron hablando durante un rato. La conversación los llevó, como siempre, hasta la caprichosa Fortuna, aquella mujer adúltera que te amaba y te bendecía o mudaba sus afectos y te abandonaba para dejarte en manos del despechado Infortunio. Pablo hizo balance de sus días con uno u otro y concluyó que, si bien no había tenido mala suerte a lo largo de su vida, Fortuna tampoco le había dedicado nunca una de sus mejores sonrisas.

Libio Sanjuán, el escritor, oía indiscretamente la conversación que tenía lugar en la mesa de al lado, entre sorbo y sorbo a su café negro. Conocía al actor de vista. Incluso había llegado a ver algunas de sus actuaciones. Sabía de su historia igual que todos los demás parroquianos del café sabían la suya, cada cual la de los demás. No recordaba si alguna vez había llegado a hablar con él, no estaba demasiado seguro, pero sentía un cariño especial por aquel hombre y por todos los hombres y mujeres con los que compartía techo en el pequeño universo de Miranda. Ese día había detectado un brillo funesto en la mirada del actor. La pose era festiva y desenfadada, pero algo en él, pensó que tal vez su aliento, olía a cementerio.

—Disculpe la intromisión, viejo amigo —le dijo—, ¿anda buscando trabajo?

Pablo lo miró sin responder. La propietaria también fijó en él sus ojos. Y continuó sin esperar una respuesta.

—Tal vez es esta una idea descabellada pero… si nunca ha sonreído por usted de oreja a oreja… ¿por qué no la obliga usted a reír? Hágala regalarles sonrisas a los transeúntes de las Ramblas… me refiero a la Fortuna. Si ella no quiere sonreírle, oblíguela.

Y ante la sorpresa de sus dos oyentes, Libio expuso su idea. Se trataba de que don Pablo se confeccionara un disfraz de estatua romana, una rueda y todo lo que se le ocurriera para personificar a la diosa Fortuna. Subido en un pedestal en las Ramblas sonreiría a todo el mundo. Una sonrisa de ilusión iluminó el rostro de don Pablo. Miranda le ofreció su máquina de coser y unas sábanas blancas. Libio le sugirió colocar unas palabras en un cartel: «¿Quieres que te sonría la Fortuna?».

Era una idea estupenda o un despropósito enorme, un disparate supremo. Pero le daba igual. Aquellas palabras de Libio Sanjuán habían conseguido ilusionarlo y enseguida se puso manos a la obra con el proyecto.

—Abajo en la bodega —le ofreció Miranda— hay algunos cachivaches que a lo mejor te sirven para algo.

Y Pablo desapareció en las entrañas de aquel monstruo subterráneo que se alimentaba de botellas de vino que raramente eran regurgitadas. Y allí, entre aromas a popurrí de flores secas, humedad y fluidos amorosos de antaño se le fue el día. La mujer lo vio salir en un par de ocasiones para ir a comprar algunas cosas a una tiendecita de esas que antes eran un «Todo a cien» y ahora se llaman «los chinos». Volvió cargado y ya no lo vio más hasta que ella misma se adentró en las entrañas del monstruo para bajarle a su amigo un plato de sopa. Y ya no volvió a verlo más hasta que llegó la hora de cerrar el local. El artista no emergía de las profundidades, así es que tuvo que volver a bajar para llamarlo.

Pablo regresó a su casa sumido en mil pensamientos creativos acerca de su nuevo proyecto. Se pasó la noche estirado en su sofá dándole vueltas a la cabeza. Tenía que elegir la letra con que escribiría la pregunta, decidir si lo haría a mano o encargaría algo hecho por ordenador, comprar maquillaje blanco, buscar algún patrón… se durmió acunado por aquellos pensamientos y olvidó presentarse a su cita con la muerte.

El nuevo día le sorprendió soñando con el mar. Recordó que la víspera no había ido a visitarlo y se le pasó por la cabeza que, tal vez, se habría enfadado. Se aseó y se vistió con premura. Mientras se colocaba la chaqueta le pareció oír un trino de pájaro. Pero luego recordó que Carusito había volado. Sintió una punzada en el corazón,

la tristeza se asomó a su rostro… hasta que volvió a escuchar aquel trino melódico que le resultaba tan familiar. Abrió la ventana en busca de la jaula y sintió una especie de vahído al ver que estaba ocupada. No era su pequeño amigo. En su lugar encontró otro canario joven de color amarillo que le regalaba su alegre canto a la vida. Seguramente se había escapado y andaba buscando la seguridad de su prisión.

Bajó las Ramblas en dirección al mar observando a todos aquellos hombres y mujeres que, cual figuras inanimadas, veían pasar la vida por aquella larga acera. Flores aquí y allá, turistas despistados, transeúntes veloces dirigiéndose a sus lugares de trabajo, ancianas con su cesta de ir al mercado… Cuando se quiso dar cuenta ya estaba frente al mar. Y el mar le sonrió. Y le mostró la mejor de sus sonrisas en forma de hermosa postal de aguas de un azul intenso con su ballet marino de oscuros peces inquietos y su escuadra aérea de níveas gaviotas.

Interpretó que la vida le había dado una nueva oportunidad. Y la tomó al vuelo. Buscó un sitio donde ubicarse. Ante los ojos curiosos de los paseantes desplegó sus bártulos, se vistió y se pintó la cara de blanco. Y desde allí se dispuso a inhalar la brisa marina cargada de aromas a sal con una sonrisa de felicidad en el rostro. Si algún día el lector se transforma en anónimo paseante de las Ramblas y se encuentra con una estatua viviente de diosa romana mirando al mar, si decide echarle una moneda puede estar seguro de que la Fortuna le sonreirá.

La negra flor

Berenice es una hermosa mulata que pasea sus contundentes caderas por el corazón de las Ramblas. Su rostro de facciones suaves y labios carnosos, su mirada oscura, almendrada e infinita y sus ropas ceñidas hacen que los hombres la miren al pasar. Ella difícilmente se da cuenta de que despierta admiración y deseo, de que la gente se gira cuando pasa… y es que siempre va corriendo para llegar a tiempo a todos los destinos de la ruta de su pluriempleo.

Al final de las Ramblas, cerca del mar, tiene su primer trabajo del día la negra flor. Reni, como la llaman los amigos, se levanta temprano y pasa por la Boquería con la lista de la compra de la señora Herminia en la mano. La conocen en las mejores paradas del mercado porque su señora quiere lo mejor de lo mejor y ella no escatima ni regatea. Al fin y al cabo, el dinero es de la pobre vieja y el que no se gaste en esta vida irá a parar a manos de sus hijos, que ni la quieren ni se preocupan por ella.

Berenice compra los bocados más exquisitos en cada parada y luego los prepara para la anciana con mimo y cuidado, casi con devoción. Le costó un poquito cogerle el punto a lo que le gusta a su *doñita*, pero ahora ya lo tiene por la mano. Con un poco de la cocina de aquí y otro poco de la suya de allá le prepara unos sabrosos guisos mestizos, bajos en especias y sal por lo de la tensión, y sin pizquita de grasa para que no le suba el colesterol a la vieja.

A Berenice la conocen en casi todas las paradas del mercado porque la ven un par de veces cada día desde hace casi dos años. Primero compra para doña Herminia y, al final de la jornada, se pasa por allí de nuevo a recoger las fruticas demasiado maduras o picadas, las puntas del solomillo que ya no se van a vender, el palangre un poco chafado que nadie quiere… A ella no le importa que tengan mal aspecto, nunca le ha preocupado el exterior de las cosas porque sabe que lo que al final prevalece es lo que uno lleva dentro.

Entre una visita y otra al mercado de la Boquería, Reni llena su día

de cosas que hacer porque no puede regresar a su habitación hasta las ocho de la tarde, cuando la pieza vuelve a estar desocupada, vacía. Primero visita la casa de doña Herminia, luego se va con su fiambrerita a sentarse en uno de los bancos que hay en el Port Vell. Allí da buena cuenta del manjar que toque ese día. Un eructico para empezar a hacer bien la digestión, mientras se dirige a una tienda de ropa muy cara que hay cerca de la calle Banys Nous. Allí se pasa un par de horas limpiando hasta que dan las cinco y llega la propietaria para abrir. Cuando la señora llega encuentra los cristales limpios como una patena, los estantes sin pizquita de polvo y todos los rincones brillantes como los chorros del oro.

La tienda de ropa en la que Berenice trabaja como limpiadora es un lugar hermoso, lleno de magia y encanto. Hace apenas unos meses que empezó a trabajar para la señora Nicasio, la dueña. Andaba por las callejas mordisqueando un helado, de esos que cuestan pocos céntimos y que venden en las cadenas de comida rápida, cuando se dio casi de bruces con su aparador. Le gustó.

Tenía el aspecto de ser un comercio antiguo, sacado de otra época. Los maniquís del escaparate, de madera, parecían ser de los años veinte del siglo pasado, de la época del charlestón. Sombreros de plumas, collares largos de varias vueltas, bolsitos de mano y hasta boas de plumas de aspecto seductor. Y Berenice se enamoró. Por una de esas casualidades de la vida la señora Nicasio buscaba una muchacha que le hiciera la limpieza de su local. Y la elegida fue la bella mulata.

Tras dejar reluciente la tienda de complementos, la última parada laboral del día la hace Berenice en unas oficinas que hay cerca de allí. Es un trabajo fácil, nada pesado y que le acaba de llenar el día hasta que llega la hora de ir al Café de la Luna. Allí, en compañía de Miranda y de algunos clientes habituales, se siente a gusto, y es feliz mientras se acaba el plazo que tiene impuesto.

La vida de Berenice carece de gustos dulces y está repleta de sinsabores amargos. Llegó de su Popayán natal prácticamente con lo puesto. Una prima de la cuñada de su madre le prometió casa y empleo. Su madre la envió convencida a casa de aquella pariente con una pequeña dote para compensarla por las molestias. Pero la doña se quedó con las ofrendas y largó a la muchacha a la calle en menos de

una semana.

Así las cosas, la mulata de ojos almendrados y sinuosas curvas se puso a buscar empleo y hogar. Le salieron muchas ofertas, pero todas a cambio de empeñar su cuerpo. Y ella se negó. Para eso se hubiera quedado en casa y se hubiera dejado de tanta soledad y tanto viaje. Desesperada, recorría de punta a punta la ciudad durante el día y por las noches dormía oculta en algún portal, un cajero o cualquier otro sitio que le sirviera de cobijo.

Un buen día, cuando andaba rebuscando algo que llevarse a la boca entre los cubos de basura del mercado de la Boquería, conoció a doña Herminia. La vieja le dio un billete de cinco euros para que se comprara un bocadillo y la llevó a su casa para que se adecentara. Era una anciana dulce y cariñosa, algo excéntrica tal vez, demasiado confiada, sin duda alguna. Y a Berenice le gustó.

Conversaron durante varias horas. La chica le contó su historia. La mujer le explicó la suya. Tenía varios hijos y mucho dinero, pero estaba sola, muy sola. Reni también estaba muy sola, triste y lejos de su familia y de su hogar. El sentimiento compartido entre ambas hizo que, espontáneamente, surgiera el cariño. Esa tarde, la misma en la que se conocieron, Herminia le ofreció a Reni trabajar para ella. Ya estaba mayor, le dijo, vieja y cansada, desmemoriada y desganada. Tenía una chica que le limpiaba la casa, pero le cocinaba fatal. Muchos días se iba a dormir con el estómago vacío y estaba demasiado flaca y débil para saltarse una sola comida. «Si tú me haces guisos ricos —le dijo— te contrato.»

Esa tarde la muchacha le cocinó un deliciosísimo arroz con pollo al estilo criollo, un plato típico de su lejana tierra, con su cebollita y su tomatito, con su perejil y su apio, con su choricito, su carne de cerdo y sus habichuelas, con sus alcaparra y, por supuesto, con su pollito y su arroz. La vieja la miraba entusiasmada mientras seguía charlando con ella y al tiempo que pensaba que, aunque no supiera cocinar, valdría la pena tenerla cerca por su simpatía y su amable conversación. Herminia tenía claro que, más que dar de comer a su estómago, necesitaba alimentar su alma. La soledad, a ciertas edades, aunque sea elegida, es muy dura de llevar. Se había negado a ir a una residencia de ancianos y no se iría a vivir con ninguno de sus hijos por nada del mundo. Los detestaba y la detestaban, eran unos malditos egoístas.

Esa misma tarde Reni quedó contratada. El guiso solo sirvió para que su nueva jefa se deleitara, porque la verdad era que la decisión ya estaba tomada. Herminia le pagó su primer sueldo por adelantado y le ofreció quedarse a pasar unos días con ella hasta que encontrase una pensión o algo baratito. Berenice aceptó, no sin reservas, después de que la anciana se pasara largo rato insistiendo y haciéndose la ofendida si no accedía. No le hizo falta incorporarse al trabajo porque ya estaba incorporada. Aquella primera noche en casa de la anciana fue la felicidad absoluta. Durmió en una cama con sábanas blancas y limpias que olían a jabón de lavanda. Habían comido juntas y, en mutua compañía, también cenaron. Antes de irse a la cama la mujer le preparó una taza de leche caliente.

Al día siguiente, Berenice fue por primera vez al mercado en calidad de clienta. Se preguntó si alguno de aquellos comerciantes la recordaría de sus incursiones a los cubos de la basura. En fin, se dijo resignada, eso era lo que había y tendría que afrontarlo. Pero nadie dio muestras de tener prejuicios con ella y, si los tenían, como pagaba sin rechistar, se les esfumaban.

También aquel día empezó a buscar un lugar para dormir. Los precios eran desorbitados, abusivos… Para pagar el más barato de aquellos pisos no le llegaba con todo su sueldo, y eso que la *doñita* le pagaba muy bien y le hubiera subido de habérselo pedido. En uno de aquellos pisos, alguien le dio una dirección, «Pruebe aquí», le dijo. Y, pasadas unas semanas, probó. Y encontró un piso pequeño y oscuro subdividido en infinidad de pequeños habitáculos. El propietario, o quien fuese aquel tipo que se lo mostró, le dijo que le quedaba una habitación de noche. «¿De noche?», preguntó. Sí, una cama solo para poder dormir de noche en la que otra persona dormiría de día. Cuando ella la abandonase por la mañana alguien la ocuparía y marcharía poco antes de que ella regresara al anochecer. También tenía derecho a un juego de sábanas compartido, a guardar sus cosas en una cochambrosa taquilla y a hacer uso del baño y la cocina comunitarios. El candado del mueble corría de su cuenta y nadie se responsabilizaba si le robaban.

Un piso patera. Una cama compartida. Recordó haber oído hablar de lugares como aquel del que acababa de salir. «Camas calientes», los llamaban. Para el que no sabía de qué se trataba sonaba erótico,

insinuante, prometedor. Pero no era otra cosa que un recurso más de los muchos de los que se sirven la miseria y el abuso para sacar tajada. La miseria de los que tienen que recurrir a ese sistema como único medio para tener un techo bajo el que guarecerse, una morada a horas, sin higiene y sin intimidad. El abuso del que hace uso de todos sus recursos, que no descansa para encontrar nuevas formas, nuevos sistemas para aprovecharse de la desesperación de los que están en apuros.

Le repugnaba la idea. No era eso lo que quería, lo que había venido a buscar a esta tierra lejana, a este lugar extraño. Aquel cuchitril insalubre, oscuro y sin ventilación no era un lugar para vivir. Era una especie de madriguera en la que solo podría pernoctar. ¿Qué iba a hacer el resto del día? Pero, por otro lado, tenía que admitir que era lo único que podía pagar. Pasó todo el día dándole vueltas y más vueltas, lo hizo rotar y girar para un lado y para el otro. No podía seguir por mucho tiempo con su viejita porque el mayor de sus hijos ya había dado la voz de alarma a los demás para hacerles ver que no era saludable, ni conveniente para ellos como herederos, que aquella mucama estuviera allí. Su madre le dijo de forma tajante que en su casa ella haría siempre lo que le diera la gana, tal y como había hecho hasta ese momento. Pero la avariciosa y desconsiderada progenie de la vieja no se rindió y encontró la manera de amedrentar, atemorizar e intimidar a Berenice. No escatimaron en medios hasta que lo consiguieron. Le habían dado un ultimátum y se tenía que marchar. Si no lo hacía, perdería además el empleo.

La bella mulata se empleó a fondo en meditar sobre lo que debía hacer. Se le ocurrieron algunas ideas. Compraría un juego de sábanas que usaría ella sola. Las guardaría cada día antes de irse a trabajar y dejaría puestas las que venían con la habitación. Las podría lavar en casa de doña Herminia. Buscaría más cosas para hacer, más empleos; así, con el tiempo, conseguiría pagarse el alquiler de un piso completo o, mejor aún, comprarse uno todo para ella. En esas andaba cuando se halló en medio de una plaza, frente a una fuente que lo impregnaba todo de musicales notas húmedas y susurrantes. Acababa de atravesar un arco de piedra. La cobijaba la sombra de unos frondosos tilos que dejaron caer, a su paso, unas florecillas de color limón clarito que la coronaron. Se sintió como una princesa que había recalado en aquel

remanso de paz y tranquilidad tras huir de las hordas de un despiadado rey enemigo que la perseguía para secuestrarla y poder usarla de moneda de cambio para negociar con su padre.

Se dio media vuelta para mirar a su alrededor. Y entonces lo vio: «Café de la Luna», rezaba el rótulo. La puerta de hierro forjado y vidrio de hermosas formas la incitaba a entrar, al igual que la luz ambarina que parecía emanar del interior y que le llegaba a través del frágil y transparente material. Y es que aquel lugar ejercía una especie de atracción, un poder subyugante con cierta suerte de almas sensibles y soñadoras.

Berenice entró despacito, observando con interés todo lo que encontraba a su alrededor, maravillada con lo que veía. La barra de madera noble, la medialuna que dibujaba en el rostro de Miranda su sonrisa deslumbrante, algunos parroquianos que se giraban a mirar al oír sus pasos o presentir su presencia… y el piano. Aquel hermoso piano en el rincón que quedaba entre la barra y unas escaleras que iban a la planta de abajo. El hermoso y mudo piano. Allí se sentó el primer día y siguió haciéndolo todos los siguientes.

La bella flor había soñado desde niña con ser una cantante famosa, una soprano respetada y admirada, con más prestigio que fama y con más arte para la música que la mismísima Terpsícore. Pero lo más cerca que la bella había estado de la música había sido cuando las chirimías salían a actuar durante los Aguinaldos, allá en su bella Popayán, la blanca y fecunda ciudad del valle de Pubenza.

Allí, en el Café de la Luna, recordando su lejano hogar con añoranza y tristeza, tomó la decisión: alquilaría aquella habitación compartida por horas con un extraño. Se mentalizó de que era la única solución y de que, con el tiempo, encontraría algo más apropiado. Al fin y al cabo eso era mejor que nada. Dejaría sus escrúpulos a un lado y se las ingeniaría para llevarlo lo mejor posible.

La primera noche en aquella cama compartida fue extraña. Apenas pudo dormir. Sus sábanas estaban limpias pero la almohada olía a otra humanidad que no era la suya. En el suelo había encontrado cabellos ajenos y del colchón había sacudido vellos ensortijados que le habían hecho estremecer y encogerse de asco. ¿Sería un hombre o una mujer su compañero de cama? Qué chocante le resultaba aquello. Hasta le parecía notar algo de calor corporal en el lecho, como si alguien lo

acabara de abandonar. Tal vez era una de las personas que se había cruzado en la escalera o la mujer que había encontrado en el baño o el tipo que se hacía un café de sobre en la cocina.

Por la mañana bien temprano se levantó. El primer día estuvo lleno de tiempos muertos, de paseos que no le apetecían, de descansos en los bancos de la calle esperando a que pasaran las horas. Luego encontró el trabajo en la tienda de la señora Nicasio con sus sombreritos de ceremonia, sus bolsitos de pedrería y sus colgantes raros, y aquel despacho impersonal y frío por el que pasaba antes de llegar al Café de la Luna a tomarse su cafecito con leche, a merendar y, a veces, a leer algún libro.

Allí conoció al escritor Libio Sanjuán un día de verano. Se sorprendió al verle entrar con su americana de lino y su sombrero panamá. Todo su vestuario estaba viejo y ajado pero le daba un aire intelectual, como de hombre con mucho mundo vivido. Sus gafitas diminutas y redondas le acababan de conferir un aura muy de escritor de esos de antaño, de los que malvivían con cuatro chavos porque latían solo para y por sus letras. Aquel día apenas le pudo ver un momento, cuando entraba, ya que su mesa era una de las que se encontraba más alejada de donde ella estaba. Pero en otra ocasión, en la que él entraba y ella salía, se saludaron y estuvieron conversando un rato y Libio, amablemente, le regaló uno de sus libros.

Y así, los veinte poemas de amor y la canción desesperada de Pablo Neruda se convirtieron en uno de sus mejores amigos. Luego vinieron otros que Libio o Miranda le prestaron, pero los poemas de Neruda se quedaron con ella, a su lado, muy cerca de su corazón. Sus metáforas y sus anáforas, sus melancolías, sus nostalgias y sus desesperaciones… todo Neruda para ella, a solas, en aquel cuartucho compartido con un extraño, sobre aquella cama que olía a humedad y a desconocidos.

Una noche, después de leer alguno de sus poemas, amparada por la oscuridad que reinaba entre aquellas cuatro paredes de pladur, Berenice se amó en silencio, suavemente, con una ternura infinita. La soledad la hizo pensar en el extraño con el que compartía aquella mugrienta cama. Imaginó a un hombre de cabello oscuro y piel canela, de grandes ojos negros y jugosa boca color cereza, de manos fuertes y poderosas pero tiernas y delicadas con ella. Le sintió allí, percibió su aroma y su calor y, después de un éxtasis infinito, tras una

explosión de reprimido placer, se durmió.

Al día siguiente, antes de que su amante imaginario regresara, se aseó y se vistió. Desayunó unas magdalenas y un café instantáneo y empezó con su rutina de cada día. Primero recorrió la Boquería con un papelito en la mano. Era la lista de la compra que le había encargado su viejita y, además, compraría lo necesario para el guiso de hoy. Compró aquí, se paró a charlar allá y saludó aquí, allá y acullá. Los hombres que se cruzaban con ella se giraban a mirarla, a embeberse con su aroma y a emborracharse con el contoneo de sus esculturales caderas. Después enfiló las Ramblas en dirección al mar.

Doña Herminia la recibió en la puerta, como siempre. Las primeras noches sin ella la había echado mucho de menos.

—Es que aún no entiendo por qué te has ido…

—Ay, *doñita*, no se me enfade ni se me preocupe, pero es que no podía pasarme aquí toda la vida.

—¿Y dónde vas a estar tú mejor que aquí?

—En ningún lado, mi doña, pero no la quiero molestar más, que usted ya hizo por mí más de lo que nadie nunca ha hecho.

—¡Ay, Reni, mi Reni, mi mulatita preciosa! —le dijo la anciana con lágrimas a punto de caer de sus ojos.

—¡Ay, mi bella! —dijo la joven, abrazándola—, no se me ponga tristona que hoy le voy a hacer un platico que aún me va a querer usted más, ya verá.

La rutina en casa de la vieja dio comienzo, pausada y alegremente, como siempre. Vaciaron las bolsas de la compra charlando, prepararon la comida charlando, se tomaron una infusión charlando y siguieron charlando mientras Berenice preparaba la comida. Luego, para dejar a la *doñita* comer tranquila, la joven se fue a lavar unas cositas y a dar un repaso a los armarios para ver qué haría mañana para comer y qué le hacía falta comprar. Sal, arroz, papel de cocina…

Mientras hacía esas cosas, oía a doña Herminia en el comedor. La mujer le decía que el guiso le había salido estupendo una vez más y le preguntaba con qué la sorprendería al día siguiente. Le decía que la echaba de menos, pero la muchacha tenía la cabeza puesta en otro lugar. Sus pensamientos se habían quedado en aquel cuartucho diminuto, enredados entre los cabellos ajenos que había hallado en el

colchón, dispersos, intentando poner un rostro a aquel desconocido que había imaginado en la oscuridad de su lecho y cuyo calor la había poseído y saciado.

Se sentía un poco estúpida. Era incapaz de olvidar aquella ensoñación pero ni siquiera sabía de quién se trataba. Si era hombre o mujer. Si tenía pocos años o ya había llegado a la ancianidad. Si era bello o poco agraciado. No lograba sacarse de la mente un delirio de su imaginación y eso la preocupaba. Tal vez se le estaba yendo la cabeza.

Cuando hubo acabado de comer, la anciana le pidió que se sentara un rato a su lado a ver la tele. Pero Reni tenía prisa. Estaba deseando irse a sentar a uno de sus banquitos frente al mar para poder volver a imaginar. Así es que, cuando puso el punto de sal a la cena de la mujer, se marchó. Comió sin demasiado apetito sumida en sus cábalas. Luego fue a la tienda de la señora Nicasio y limpió y después a las oficinas donde siguió limpiando. Silenciosa y pensativa, refugiada de la realidad en sus pensamientos y su silencio.

A eso de las seis llegó al Café de la Luna. Hoy no se pasaría por el mercado. Tenía cena del día anterior y doña Herminia le dijo que le guardaría un plato del guiso que le había cocinado para el día siguiente. Como siempre, nada más traspasar el umbral de la entrada se sintió bien. Allí, en su mesa de todos los días, se entregó a pensamientos, ensoñaciones y desvaríos. Se imaginó sentada en aquella mesa del rincón del piano acompañada de su hombre. Él le tenía cogida la mano mientras le susurraba palabras de amor. Ella le miraba embobada, con cara de estar enamorada. Charlarían un rato mirándose a los ojos y luego, mientras él pagaba, ella tomaría un libro de los que Miranda dejaba en préstamo. Uno de aquellos muchos que había en la enorme estantería de madera situada a la derecha de la puerta, según se entraba. Juntos regresarían a casa.

Miranda la sacó de sus ensoñaciones.

—Hola, querida, ¿qué vas a tomar? ¿Tu cafelito con leche?

Berenice asintió un poco azorada, turbada al haber sido sorprendida, como una niña pillada en falta.

—¿Te encuentras bien?

La muchacha volvió a asentir.

—Parece que te has sofocado un poco.

Y sí, ciertamente, Berenice se había sofocado. Justo cuando la dueña del café le habló, había empezado a imaginarse su noche de amor con aquel desconocido compañero de cama. En el instante en que ella le había preguntado, Reni estaba sintiendo las cálidas y poderosas manos de él entre sus muslos. Su flor se había mojado. Y así, húmeda y excitada, se tomó rápidamente el café con leche que le abrasó los labios y salió a toda prisa en dirección a aquel piso patera. Se apostó frente a la puerta y observó a todos los que salieron de él durante casi una hora, el tiempo que faltaba para que ella pudiera entrar.

Era imposible adivinar si alguno de aquellos transeúntes era su compañero de cama. Un nuevo delirio de su mente. Desanimada y triste entró en el portal. Subió las escaleras hasta la tercera planta, donde se encontraba el piso a la deriva. Cuando iba a llamar a la puerta, esta se abrió dibujando en su interior una silueta masculina. El hombre salió a la luz del rellano saludando con una sonrisa. Era alto, fornido y su cabello y sus ojos eran negros, muy negros. ¿Sería él?

Aquella noche Berenice imaginó una y mil veces una sonrisa. En la oscuridad de su diminuta madriguera dibujó unos labios carnosos, unos ojos oscuros, unos prominentes pómulos, unas pobladas cejas, una nariz recta y bien esculpida. A solas con aquel recuerdo imaginario su cuerpo se incendió de calor. Entre sus piernas, la cálida sensación del deseo impregnándolo todo… Hoy lo imaginaría. Mañana idearía un plan para hacerlo real, para descubrir quién se escondía detrás de aquel aroma que percibía en su cama.

Cuando ya no brillan las candilejas

Manuela entró en el café. Traspasó el umbral empujando la pesada puerta y el mundo se transformó. Sonrió a la amable camarera y le dijo muy bajito «una tilita» y, cuando tuvo la bebida entre las manos, comenzó su actuación. A veces caminaba entre las mesas del local coqueteando con los clientes. En ocasiones permanecía en pie sin apenas moverse y con la mirada suspendida en algún punto perdido en el infinito. Muy raramente, cuando el día estaba lluvioso o nublado, le arrancaba alguna nota al piano de cola y entonaba una nostálgica canción. De cualquiera de las maneras cantaba, sonreía y se dejaba querer. Los hombres la admiraban y las mujeres la envidiaban. Ellas soñaban con ser aquella estrella de relumbrón. Ellos ambicionaban poseerla y exhibirse por la ciudad llevándola del brazo.

Manuela es una anciana silenciosa que vive sola en un piso muy antiguo en el distrito de Ciutat Vella. Cada día lleva sus agotados pasos y sus ilusiones perdidas hasta el Café de la Luna y allí, amparada por el plenilunio, revive sus años de juventud cuando la cegaba el brillo de las candilejas y era la envidia de la profesión. Sus apergaminadas manos asen la taza de tila como si de su micrófono se tratara. Nadie puede oírla porque no canta en voz alta sino con su corazón donde guarda el recuerdo de aquellos tiempos que, como cualquiera del pasado, a ella siempre le parece que fueron mejores.

Manuela vive en un piso alquilado de esos de renta antigua que pueblan gran parte del barrio del Raval. Lo que en argot inmobiliario llaman «un piso con bicho». El propietario de la vivienda murió hace muchos años y, desde entonces, sus herederos se han empleado a fondo para sacar a la anciana de su casa. Intentaron convencerla primero, luego pasaron a amenazarla pero, como ya tiene un poco extraviado el entendimiento, Manuela no entendió muy bien lo que querían de ella aquellos hombres fortotes y con cara de pocos amigos. Tampoco se había puesto el sonotone ese día, no se había acordado, así es que, aunque hubiera querido, le hubiera sido imposible oír lo

que le decían.

A las amenazas siguieron días sin luz ni agua. «¡Ay! —se lamentaba —, estos edificios viejos cuando no es una cosa es otra.» Luego llegó un grupo de *okupas* que se instaló en otro de los pisos que poseía el mismo propietario en aquel edificio. Metieron perros y gatos en la casa, no usaban demasiado la ducha, ponían la música a todo volumen de noche y de día, le robaban la correspondencia y las bolsas de comida que llevaba a casa y la intimidaban cuando se la encontraban por la escalera. Hasta que la anciana decidió quedarse en casa y no salir hasta el final de la guerra. Sí, porque con tanto ruido y abuso, la mujer pensó que había comenzado otra guerra, la tercera guerra mundial, creía. Pidió al tendero de la esquina que le subiera una buena cantidad de leche, patatas, tomate en conservas, atún y mil cosas más y se atrincheró en su casa durante más de un mes.

Los vecinos creyeron que estaba muerta y llamaron a los bomberos, que echaron la puerta abajo. Cuando vieron que estaba bien, solo sorprendida y un poco asustada ante tanto revuelo, le pidieron al bombero del hacha que, ya que estaba allí, aprovechara para echar abajo la puerta de los *okupas*. Con ellos había ido la policía, que había recibido varias denuncias de vecinos del barrio, y se los llevó por delante con sus perros y gatos. Entraron a comisaría por una puerta y salieron por la otra, pero ya nunca más regresaron para molestar a Manuela.

Aquel mes que la anciana pasó atrincherada en su casa lo ocupó ensayando números y coreografías y haciendo pruebas de vestuario. Por eso, cuando el hacha de los valientes bomberos destrozó la puerta de su piso, la imagen de la anciana dejó atónitos a todos los que la observaban. Apareció una radiante Manuela luciendo un vestido de lentejuelas de un espantoso azul eléctrico con una boa de plumas rojas de marabú al cuello y una buena ración de carmín rojo pasión en los labios y en las mejillas y de sombras azules en los párpados. Nunca había estado mejor, les dijo.

A partir de ese día la anciana volvió a su rutina, y en ella entraba su cotidiano paseo hasta la plaza del Record donde tenía una actuación diaria. Allí, donde ahora estaba el Café de la Luna, donde antes había habido un lupanar romano y una casa señorial, también hubo un pequeño local de copas donde, allá por los años cincuenta,

Manuela lució palmito y encandiló al personal. Y ella volvía siempre, fiel a su contrato de una actuación diaria.

El local donde la bella Nela cantaba desapareció en la nada, tal y como había aparecido un buen día. Nela, así la bautizó Celerino Masdeu, el empresario al que se le ocurrió la brillante idea de montar aquel antro ilegal en un tiempo en que estaba prohibido el derecho de reunión y la censura masacraba hasta las películas más castas, por no decir las obras de teatro o los espectáculos en los que tenían que actuar cantantes y vedettes. Nela, así se hacía llamar entonces. Entre aquellas cuatro paredes, la muchacha venida de provincias a vivir su sueño de ser una famosa cantante, era feliz. Vestía sus mejores galas, se maquillaba a la moda y desplegaba toda su magia y su *savoir faire* por la tarimita que hacía las veces de escenario.

Manuela fue Nela durante casi quince años. Recorrió España de aquí para allá siempre del brazo de don Celerino. Fue él el que le alquiló el pisito que desde entonces ha sido su hogar. También fue él el que le prometió que la haría famosa, que algún día viajaría por todo el mundo regalando su arte en los mejores teatros y salas de conciertos. Y ella se lo creyó. La Manuela modosita y prudente se quedó detrás del escenario de aquel antro el primer día que Nela actuó y ya nunca más salió de allí. Desde detrás del telón, agazapada y escondida de las miradas de los extraños que frecuentaban el local, la muchacha fue creciendo.

Vivió la noche, durmió de día y se entregó a algún que otro exceso. Esa fue durante algunos años su vida hasta que, de pronto, un día, se esfumó. El señor Masdeu se metió en política y ya nunca más volvió a verlo. Aquel local clandestino sin nombre quedó cerrado para siempre un día. Nadie supo por qué. Nadie cobró el dinero que se les debía. Nadie volvió por allí nunca más. Nadie excepto ese alguien que antaño fue Manuela y que desde entonces y por siempre jamás sería Nela en su corazón.

El *shock* que sufrió la mujer el día que fue a trabajar y encontró la puerta de atrás cerrada fue tremendo. Por más que llamó al timbre y aporreó la entrada nadie abrió. Manuela se quedó sentada en el bordillito de la fuente oyendo el agua caer y tarareando su salmodia. Aterida de frío y con la cara pringada de maquillaje corrido y rastros acuarelosos de rímel, Manuela permaneció allí sentada hasta que la

oscuridad, con su denso manto, lo cubrió todo. Por entre la cúpula de los tilos de la plaza del Record se vislumbraba la Luna llena.

Mucho tiempo después, el día que Miranda levantó la persiana de su café por primera vez, Manuela estaba sentada al pie de la fuente jugando con las florecillas que se habían desprendido de los árboles. Las tenía sobre la falda y trazaba con ellas bonitos dibujos de franela y flores. Su cuerpo huesudo y vetusto se encogió de la emoción. Pensó que el local clandestino donde habían quedado sepultados todos sus sueños volvía a la vida. Se levantó de un brinco y corrió hacia la puerta. Allí estaba Miranda, limpiando los cristales de la vidriera de la entrada. Tanto tiempo de cautiverio los había cubierto de una espesa mugre que no quería salir y dejar que mostraran al mundo su belleza modernista. Para Nela fue una sorpresa ver aquella puerta, era la primera vez. La persiana no se había alzado nunca en todo el tiempo en que ella había trabajado allí.

Sus pasos ligeros y como de animalito asustado, su frágil presencia, conmovieron a la propietaria. Por eso no le dijo nada a aquella desconocida cuando se metió en su local sin saludar y sin pedir permiso. Y es que la antigua estrella de espectáculos subrepticios y lujurias encubiertas había dejado su ser encerrado en aquel antiguo y furtivo antro de la diversión y el deseo. Sus deseos, sus sueños y ella misma quedaron sepultados allí, tras la persiana oxidada y chirriante.

Como atraída por una fuerza extraña, la mujer de la faldita de franela entró en el antiguo establecimiento dejando un rastro de florecitas amarillas. Miranda pensó que era un hada, un buen augurio para la nueva aventura que iba a comenzar, para su café bohemio y soñador, para su rincón de los corazones perdidos que deambulan por la ciudad cosmopolita y de mar, de cielo y olas.

Y así, día tras día, Manuela visitó el café con rigurosa puntualidad. Siempre a la misma hora. Por esas cosas que tienen el reloj biológico y la edad, la mujer había permutado su horario nocturno por uno diurno. Y, en vez de uno de los cócteles de moda que bebía en aquella época en la que se dedicaba a la farándula, ahora tomaba una tilita. Pero su actuación no variaba. De pie, quieta e inmutable o paseando entre las mesas, ahí estaba a diario Manuela. Y si amenazaba con llover o si el cielo dejaba caer unas lágrimas, la melancolía la arrastraba hasta el rincón donde estaba el piano. Pero eso fue mucho

después.

El día que el piano llegó al Café de la Luna los sentimientos se arremolinaron en los corazones de todos los parroquianos del local. Los primeros suspiros, por las nostalgias que despertaba, y las exclamaciones de admiración, por su belleza, se convirtieron en un murmullo que no cesó desde que los transportistas aparecieron por la puerta haciendo que todo el mundo se levantara de su mesa para dejarlos pasar. A punto estuvo Miranda de decir que lo dejaran en cualquier sitio pero sabía exactamente dónde deseaba ubicarlo. Aunque parecía demasiado complicado moverlo todo para llevarlo a su lugar, todos los clientes que estaban allí en ese momento colaboraron prestos y solícitos para que el bello instrumento hallara su definitivo lugar en aquel romántico espacio. Se veía hermoso y casi mágico. Sin lugar a dudas aquel era su sitio. Siempre debería haber estado allí.

Y, si todos se mostraron encantados con la presencia de aquella preciosa caja de resonancias heredera de la cítara, Manuela creyó alcanzar el cielo al verlo, reluciente e imponente, en aquel ángulo del local. Cuando entró y lo vio en el lado derecho de la barra, en el rincón que queda entre esta y las escaleras que van al sótano, la artista de relumbrón del pasado emitió un grito de emoción que impresionó a todos los que pudieron escucharlo. Caminó muy despacito hacia él, con un brillo especial en los ojos a causa de las lágrimas que pugnaban por salir. Y se quedó allí, suspendida en sus recuerdos, en medio del local, con su tilita en las manos.

Era aquel viejo piano. El mismo que presenció su debut hacía tanto tiempo. Aquel que acunó sus estelares noches de artista de posguerra. Aquel sobre cuyo teclado se había quedado dormida más de una vez mientras ensayaba. El que desapareció para siempre como todo aquel mundo de antaño que era suyo y que alguien o algo le había arrebatado por siempre jamás. Aunque siempre jamás era mucho tiempo y parecía que hasta el tiempo que parece eterno puede tener un final. El piano había vuelto al sitio del que nunca debería haberse marchado. Verlo de nuevo le devolvió a Manuela parte de aquella felicidad. A falta de calores humanos y de la calidez de unas palabras amigas, la anciana se refugió en la nobleza de la madera de aquella caja y en la dulzura de aquellas notas desafinadas.

Al principio de ir por el Café de la Luna y verla allí de pie, tan solita y desamparada, la pobre Berenice la invitó en un par de ocasiones a sentarse a su mesa. Pero la anciana, con una sonrisa en los labios y sin apenas palabras, siempre había rehusado con educación, agradecimiento y una cierta ternura. Ya estaba bien allí, muchas gracias. La mujer tiene lo que necesita para ser feliz. No le hace falta casi nada más.

Excepto flores. A Manuela le gustan las flores. A Nela le recuerdan aquellos tiempos mejores en los que se las regalaban por docenas y a diario. Ahora, de vez en cuando, toma los lirios, claveles o tulipanes que Miranda le ofrece. Alguien que conoce a Manuela, que conoce a alguien que la conoció cuando era una cantante con sueños de gloria, le explicó a la propietaria del café lo que sobre ella le contaron. Y la buena de Miranda, con todo su cariño y su ternura, guarda alguna flor para ella, o hace un ramito con las que retira del día anterior y se las ofrece a la anciana. Así consigue alegrarle un poquito la vida.

Cuando acaba la actuación Nela sale del local y se va a casa en el Chevrolet del señor Masdeu, un cochazo de importación. Mientras, Manuela se va caminando despacito, poco a poco, hasta llegar a su pisito del barrio viejo. No tiene ascensor. La escalera es demasiado estrecha y hay algunos escalones rotos con los que suele tropezar. Pero anda tan contenta con su ramito de flores mustias que no se da cuenta de nada más. Cuando llega a su casa Manuela se pone el vestido azul eléctrico de lentejuelas de Nela y su boa de plumas rojas.

Y, mientras canta y baila, ya puede venirse el piso abajo o pueden aporrear la puerta los vecinos o derribarla los bomberos que el espectáculo sigue adelante, nada lo puede parar. Luego, cuando ya está cansadita y le entra el sueño, come algo ligerito y se va a dormir. Y Manuela se acuesta soñando que es la hermosa Nela, ajena a la vejez, la soledad y los especuladores que quieren echarla de su casa a cualquier precio. Y así, al son de las gardenias de Machín que resuenan rítmicamente en su cabeza hasta con música de orquesta, Manuela se queda dormida. Tiene que descansar para estar fresca y hermosa, su físico no puede resentirse porque mañana tiene una actuación.

Mil y una palabras

Fue de Libio Sanjuán. La idea de colocar una estantería con libros entrando a mano derecha en el Café de la Luna la tuvo él. Una bien grande, esquinera, con toda clase de libros que se pudieran tomar prestados.

—Pero es que yo apenas tengo unos cuantos libros —le dijo Miranda.

Él no respondió, no dijo nada. Al día siguiente apareció en el local con unos cuantos ejemplares. Entre ellos atesoraba los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Neruda, un ejemplar del año 1942 de la editorial Tor, «Colección Cometa». Aquel que mostraba en su portada unas nubes y una desdibujada cometa que había que mirar un par de veces con detenimiento para darse cuenta de que lo era. Un ejemplar viejo y manoseado, con sus manchitas redondas de humedad y de vejez.

Libio Sanjuán vive por y para los libros. Es un intelectual de los de antaño, de los que habitan la pobreza, viajan con lo puesto sin más patria que la tierra que se mete dentro de sus zapatos y llevan, lo que se suele llamar, mala vida. De esos que no trabajan en nada que no sea su arte aunque eso les suponga morirse, literalmente, de hambre. Y hay que ver el hambre que pasaba Libio cuando fue a dar con sus huesos al establecimiento de Miranda. Eran tales su estado de inanición y su debilidad extrema que, al traspasar el arco a través del que se accede a la plaza del Record, pensó que estaba teniendo una visión, que aquel paraje era un delirio de su mente.

Como casi todos los que llegan a ese lugar de ensueño, que se halla a la vez tan cerca y tan lejos de todo, el escritor se tomó un tiempo para asimilar aquellas imágenes que estaban entrando en sus pupilas. Observó la fuente con curiosidad, con embeleso. Su mirada trepó por las ramas de los tilos y se perdió a través de la escasa luz que se colaba por entre el espeso manto de ramas y doradas flores. La melodía que emitía la cantarina fuente, la delicada lluvia de pequeñas

flores cayendo sobre su pelo… eran las estrofas de un poema convertidas en pedacitos de realidad.

Libio llegó allí herido de amor, despechado, machacado por los enfermizos celos y destrozado por el abandono. Huía de un desengaño amoroso. La mujer a la que amaba, la persona a la que más había amado en su vida pertenecía a otro. Le dolía el engaño. Le mataba la pérdida. Le habían apuñalado el corazón.

El escritor herido de amor paseó su dolor y su tristeza por la ciudad de las olas. Anduvo por calles, plazas y avenidas solo y rezongando tristes palabras, odas a su amada y al paraíso perdido, a aquella felicidad que le habían arrebatado. Creyó que tanto dolor, tanto sentimiento desbocado debía quedar plasmado para siempre en el papel. Así que quiso aprovechar la inspiración del momento, el lamento que brotaba de su herido corazón, para escribir algunos versos.

Pasó muchos días frente a una hoja en blanco. Escribió un nombre: «Amanda». Lloró. Escribió las sílabas que lo formaban: «A-MAN-DA». Volvió a llorar. Escribió todas las letras separadas: «A-M-A-N-D-A». Lloró de nuevo. Desordenó las letras, las volvió a ordenar… Las lágrimas empaparon aquellas letras y las emborronaron. El dolor que manaba de sus ojos en forma de agua salada no cesaba y le impedía seguir escribiendo. Cuando finalmente aquella lluvia amainó, los sentimientos no quisieron tornarse palabras y los pocos vocablos que consiguió arrancar a la tristeza se negaron a nacer de su pluma.

El resultado de su periodo de duelo, de su infinita tristeza, fue un escueto poema de amor y apenas el estribillo de una canción desesperada. La profunda pena no le dio para más. Su alma errante, desde que Amanda le dejara, se había convertido en un pozo oscuro y sin fondo del que no conseguía sacar nada, menos aún salir. El desamor y la traición no solo habían acabado con el hombre, también habían asesinado al escritor.

Libio llegó a la plaza del Record por casualidad, como casi todos. Esta plaza vetusta e inconsistente posee una especie de imán para cierto tipo de personas que suelen llegar a ella atraídas por el sonido de su fuente o la frescura de la sombra de sus tilos, por la belleza de sus formas arquitectónicas del pasado que parecen sacadas de un sueño. Quienes no poseen un alma sensible y soñadora raramente

repararán en todos esos detalles y, con toda probabilidad, ni siquiera serán capaces de ver el precioso café. Pasarán de largo. Pero quienes poseen esas etéreas cualidades, tarde o temprano acabarán recalando en ese pedazo de espacio y tiempo bañado perennemente por la luz del plenilunio.

Sanjuán es de esa clase de personas tocadas por la varita mágica de un demiurgo amante de las artes y los sentimientos, por un dios del país de las ensoñaciones. Como casi todos los parroquianos del Café de la Luna, parece más un personaje de ficción que un ser real. Sus americanas y sus sombreros pronto formaron parte del paisaje humano del interior del local. La primera vez que cruzó el espacio que separa el plenilunio de la luz del día tamizada por la espesa cúpula de las ramas de los tilos, iba ataviado con su americana de lino beige y su sombrero panamá. Era verano.

Enseguida le asaltaron el penetrante aroma a café y la permanente y cristalina sonrisa de Miranda. No sabría decir qué fue lo que le atrapó, lo que le llevó a quedarse un buen rato y a volver al día siguiente, y al otro, y al otro también. Tampoco podría decir, aunque se lo preguntaba a menudo, qué hizo que volvieran a visitarlo las musas, que se sentaran otra vez a su lado. Tan cerca las tuvo que hasta le susurraron unos versos al oído. Se sentó en una esquina, entrando a mano izquierda, y desde allí pudo observar a todos los que en ese momento habitaban la geografía del local.

Pidió un café negro, bien cargado, sin azúcar. Tomó unas servilletas de papel y se puso a apuntar. Garabateó lo que le venía a la cabeza. Escribió un par de ideas para un relato que le inspiró el hombre que estaba en la mesa de al lado. Devoraba con fruición un bocadillo que paladeaba como si del más exquisito manjar se tratara. Aquel tipo tenía un aspecto bastante vulgar, no en un sentido peyorativo, sino que era muy normal, nada en él llamaba la atención por especial. Salvo una cosa: el caballero de la mesa de al lado olía a sal.

Y aquel aroma se mezcló con las fragancias del café. El perfume de los diferentes elixires que la propietaria preparaba bajo la inocente apariencia de infusiones, cafés u otras especialidades. Bebedizos, pócimas, brebajes secretos que destilaban esencias de Luna llena y nostalgia, que liberaban en el ambiente aromas de camaradería y de

un algo irreal que se metía por el olfato hasta el alma, que impregnaba los sentidos y embriagaba el entendimiento, haciendo que aquel espacio pareciera un espejismo.

Aquel día el escritor sin ideas, el escritor sin escritura, volvió a vivir. Revivió, regresó a la vida después de haberse suicidado en el momento en que dejó de escribir por completo, en el mismo instante en que ya no fue capaz de volver a hacerlo. Así, en su vuelo por las estrellas del Café de la Luna, sus manos volvieron a trazar una caligrafía apresurada y llena de vida, palabras con sentido, con diferentes sentidos y sentires, con alma, vida y voluntad. Una voluntad que le había robado la bella Amanda y que entre aquellas cuatro paredes había recuperado.

Amanda empezó a dejar de ser un sueño para convertirse en un mal recuerdo del pasado. Aquella mujer de ojos grandes que lo había enamorado, aquella hembra de curvas sinuosas que lo había cabalgado, aquella amante casquivana que lo había traicionado con otro, aquella que lo había herido, se volvió rotundamente real, ya no formaba parte de sus ensueños y delirios. En cuanto Libio comenzó a escribir de nuevo, sus demonios fueron exorcizados. La perfidia dejó de dolerle, pasó a un segundo plano y se convirtió en el posible argumento de una nueva historia que empezaba a dar vueltas en su cabeza.

Miranda se acercó aquel primer día a preguntarle qué quería tomar y a partir de ahí las palabras entre ellos fueron creciendo, haciéndose más intensas, más amistosas, más grandes. Libio fue el primero en abrir su corazón. Y su víscera tonta habló de Amanda. Pero habló sin tristeza, sin rastro de acritud, como el que lee un relato que le es ajeno, una narración que otro escribió.

Amanda, la bella Amanda. Se conocieron una noche de fiesta en el barrio de Gràcia. Ella iba con una amiga, él con unos cuantos alumnos de los que asistían a su taller de narrativa. Se cruzaron las miradas. Ella torció el gesto y Libio pensó que su forma de mirarla la había enojado. Pero no. Unos pasos por delante de él, Amanda se giró para buscarlo entre la multitud. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse ella sonrió. Esa fue la señal que él necesitaba. Después de eso se pasó la noche persiguiéndola con disimulo, intentando arrastrar a todos los que lo acompañaban en su desesperada búsqueda de aquellas

hermosas y casquivanas pupilas.

Al final, en una calle engalanada como si de un inmenso océano se tratara, con farolillos en forma de medusa y guirnaldas de peces, la orquesta dejó de tocar pachanga para regalarle unos ritmos lentos y relajados. Y Libio se abrió paso entre la gente, como un explorador que aparta la vegetación a golpe de machete, hasta llegar a ella. Y justo cuando la tenía al alcance de la mano, un tipo con malas pintas la tomó de la cintura para sacarla a bailar.

El escritor no se paró a analizar si el gesto de la bella era de enojo o si estaba encantada al haber pescado un pez de aquellas dimensiones en medio de un mar de maravillosa papiroflexia. Y en un inconsciente arranque de conquistador contrariado tomó a la mujer de una mano y, atrayéndola hacia sí, le dijo al otro que era su esposa y que tenía todos los bailes de aquella noche comprometidos. Ella no se mostró molesta. Al contrario, se hinchó como un pavo real y pareció aún más alta y esbelta sobre sus tacones.

Poco podía imaginar entonces el bueno de Libio lo que su apasionada impulsividad iba a depararle. Aquella noche se amaron en el cuartucho de él, la mísera habitación de una pensión cercana a las Ramblas. Allí, sobre unas sábanas rasposas y tiesas como el papel de lija, desnudos y sudorosos, se tocaron, se lamieron, se respiraron... Cayeron exhaustos sobre el frío suelo de baldosas desportilladas y mugrientas y, en el sueño que le sobrevino enseguida, Libio creyó ver alguna que otra cucaracha paseándose cerca de su cara.

Pero nada importaba. Ni el olor penetrante a orines que salía del lavabo. Ni que la única y diminuta ventana que poseía aquella estancia diera a un minúsculo patio de luces por el que subían olores a comida, cloaca y otras cosas no tan etéreas, las omnipresentes, resistentes y siniestras cucarachas. Libio creyó tocar el cielo con la punta de los dedos cuando aquella mujer lo besó. Fue el hombre más feliz del mundo cuando la tuvo desnuda entre sus brazos, cuando la recorrió entera con la punta de la lengua, cuando sus dedos penetraron por todos sus recovecos. Y creyó morir de placer y dicha cuando se sintió dentro de ella, atrapado entre sus largas y bien esculpidas piernas mientras le derramaba dentro todo su amor y apretaba con las manos sus contundentes nalgas.

El tiempo que pasaron juntos fue breve pero fecundo. Lo curioso

fue que la fecundidad la padeció él, que siempre andaba preñado de inspiración. Cuando estaban juntos salía de su interior el poeta enamorado que cuando ella se iba se desbordaba de tristeza, melancolía, desolación y poemas. A sus versos más cariñosos y encendidos le seguían los más tristes y nostálgicos, los más lastimeros quejidos en forma de estrofa con rima final. Se veían poco pero, cuando lo hacían, se amaban con prisa, con urgencia. Libio la poseía con desesperación y ella, simplemente, se dejaba querer.

Se veían siempre en la habitación que él tenía alquilada. Apenas traspasaban la puerta, la ropa volaba por el cuarto y caía revuelta y confundida con los folios sobre los que el escritor se derramaba por ella. Las palabras y la ropa interior acababan convertidas en una amalgama de olores, texturas y fluidos, en una verdadera poesía de amor. Pasaron así unos meses. Un par de citas por semana, cortas pero intensas, y se despedían a la espera de una nueva ocasión. Hasta que Libio quiso más. Deseaba poder hacer cosas normales con su amada. Llevarla del brazo Ramblas arriba, Ramblas abajo, besarla sentados en el cine, llevarla de la mano a su librería preferida, sentarse a leer con ella un buen libro en un parque del Raval.

Pero Amanda y él no querían lo mismo. Ella argumentaba que deseaba estar siempre con él a solas, juntos para poder amarse sin que les molestaran, sin compartirlo con nadie, sin perder ni un solo segundo de los que pasaban juntos y dedicarlos solo a su amor. Y Libio la creyó. Pero pasaba el tiempo y los enamorados ansían siempre más del ser amado. El amor es una droga demasiado adictiva al principio como para renunciar a sus efectos. Como la musa, que se escabullía en las sombras cada vez que se veían. Después de amarse ella desaparecía y ya no la veía hasta que volvía a aparecer sin previo aviso. El poeta vivía siempre cautivo de la ansiosa espera. Era un martirio, un verdadero suplicio, la más triste y nefasta desolación.

Y un buen día Amanda dejó de llamar a su desvencijada puerta. Los encuentros cesaron sin explicaciones. Los días fueron pasando uno tras otro, todos iguales, igual de tristes, solitarios y sombríos, y ella no apareció. La tristeza se hizo más grande. Un agujero enorme de desesperación se abrió en su alma. La desolación se convirtió en el perfume de sus días, en la palabra que aparecía más a menudo e invariablemente en sus poemas.

Hasta que un día, por casualidad, la vio andando por la calle. Estaba Sanjuán curioseando en una librería y le pareció verla a través del escaparate de cristal. Perdió el norte cuando la vislumbró detrás de aquel vidrio y a punto estuvo de atravesarlo. Corrió tras ella tanto que tardó muy poco en alcanzarla. Consiguió colocarse delante de la mujer en el sentido de sus pasos para hacer que se parara. Casi se le cae el alma a los pies cuando se dio cuenta de que andaba cogida del brazo de otro. Un hombre bastante mayor, prácticamente un anciano, que vestía elegantemente. Quiso dejar florecer una última esperanza, quiso creer que era su padre, un familiar, un amigo. Pero las palabras de ella se lo dejaron todo bien claro y dieron muerte a su expectación.

—Ah, hola, Libio. ¡Cuánto tiempo! Creo que no conoces a mi marido.

Y lo peor fue que lo dijo sin un atisbo de misericordia, sin un ápice de piedad o una brizna de disimulo. Y él no supo qué decir. Permaneció mudo mirando a Amanda a los ojos, casi sollozando, tratando de conseguir con aquella mirada que le dijera que todo era una equivocación, una broma. Pero ella no dijo nada. Eso sí, le preguntó cómo estaba. Le habló de cosas insulsas e intrascendentes, de estupideces. Después, le dio un beso mecánico y se marchó. Él se quedó allí inmóvil sin soltar palabra, con la mano extendida tal y como le había quedado cuando el marido de ella se la había estrechado.

Al regresar a casa tampoco supo qué hacer. No pudo escribir. Ni siquiera quiso intentarlo. Por primera vez desde que lo habitaba, aquel sitio le pareció sucio y deprimente, sin vida. Y así quedó él, vacío de latidos y sin un hálito de existencia. Pasó varios días silencioso y afligido, encogido sobre sí mismo sin beber ni comer, sin casi respirar. Iba a dejarse morir. Pero su estómago se reveló contra aquella decisión. El atronador ruido que emitían sus tripas lo sacó de aquel letargo. El insoportable fragor de intestinos hueros no le permitió dejarse morir. En vez de eso salió a la calle en busca de comida, mucha comida. Suena banal pero ese fue su exorcismo. Cada bocado lo masticó lentamente y con fruición, como en un acto de canibalismo, y luego lo tragaba. Lenta, metódicamente, masticó a Amanda, la saboreó en el recuerdo y se la tragó.

Le llevó unos días digerirlo. Los enamorados saben que el recuerdo

tiene mala digestión, que sazonado con un poco de despecho se hace incomestible, pero no queda otra que tragárselo si se quiere paladear, como postre, el delicado sabor del macerado olvido. Y Libio se lo tragó. Y vagó días enteros por la ciudad del mar, el cielo azul y las olas sin encontrar consuelo posible ni amparo. Y entonces lo decidió. Ya que dejarse morir no había funcionado, se suicidaría. Pero lo haría de una manera simbólica, la peor para él: dejaría de escribir. Un escritor que no escribe es un escritor muerto y así se sentía Sanjuán: muerto. Solo en una ocasión escribió el nombre de su amada en un papel, pero las lágrimas lo emborronaron y no le salieron las palabras.

Libio Sanjuán recuerda aún hoy el día en que llegó por casualidad a la plaza del Record. Aún conservaba, en la garganta, la sal de las lágrimas y, en los labios, una mueca de dolor. Comía poco. Estaba muy delgado, casi desnutrido. Después del día en que el ruido de sus intestinos le había salvado de dejarse morir, encogido en posición fetal, sin comer, beber ni casi respirar, había olvidado algunas de sus necesidades básicas. Comía cada muchos días, cuando ya no aguantaba más la sensación de mareo y desfallecimiento y andaba sumido en una especie de sopor, en una constante ensoñación.

Las formas arquitectónicas que le salían al paso le parecieron irreales. El sonido del agua de la fuente cayendo insufló tranquilidad a su espíritu y el pobre casi creyó que había muerto. Más cuando vio flotando las diminutas flores del tilo iluminadas por el brillo de la luz del sol. Era como una alucinación. Parecía que caía oro del cielo. En ese momento le vinieron a la cabeza mil y una palabras. Tanta belleza le había conmovido el alma.

Más palabras fluyeron de su cabeza hasta su mano cuando accedió a aquel bonito local que había a pocos pasos. Tal era la efusión de vocablos en forma de frases que lo asaltaban que tuvo que buscar un lugar donde sentarse, tomar unas servilletas y empezar a escribir. Antaño no salía de casa sin llevar encima un cuadernillo y un lapicero pero, desde su suicidio, todo había cambiado. Hasta que llegó al Café de la Luna. Desde que Amanda salió de su vida había andado huyendo de las palabras. Para él escribir era sentir y no quería seguir haciéndolo, ni escribir ni sentir. Estaba roto por dentro.

Pero la paz y el sosiego llegaron finalmente a su corazón. Eran tan buenas las vibraciones de aquel lugar que todo el que llegaba quería

quedarse y se convertía en cliente habitual. Y eso fue lo que le pasó a Libio Sanjuán. Entre aquellas cuatro paredes, al cobijo de aquellos muros de piedra, comenzó a fluir su prosa. La poesía quedó anclada en el pasado, como un recuerdo marchito de otros tiempos. Desde el primer día, el escritor ocupó la mesa que se encuentra entrando en el café a mano izquierda. Tal vez se quedó allí porque fue el sitio que le vino más a mano, o tal vez fue porque en un extraño marco había un ejemplar de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Neruda y una repisa con una antiquísima máquina de escribir.

¡¡Un libro enmarcado!! Se echó las manos a la cabeza cuando reparó en él. Los libros están hechos para ser leídos una y otra vez, para tocarlos y manosearlos, no para tenerlos presos sin que nadie pueda hacerlos vivir a través de la lectura. Cuando Miranda se acercó a preguntarle qué iba a tomar encontró al nuevo cliente despotricando a ese respecto.

—No está preso —dijo Miranda.

Libio la miró sin saber a qué se refería, puesto que pensaba que lo que oía era su pensamiento, no sus palabras.

—¿Disculpe?

—Digo que este libro no está preso —repitió abriendo la parte anterior del marco para dejar salir a su habitante—. Solo intento preservarlo porque es una edición muy antigua que tiene un gran valor sentimental para mí… pero si usted lo desea puede tomarlo y leerlo.

Aquella bella mujer de sonrisa amable le cayó bien al instante. Charlaron de libros. Miranda le confesó que los amaba pero que tenía muy pocos por falta de espacio y, sobre todo, por culpa de una excesiva movilidad, de su obligado nomadismo de los últimos años. No podía cargar con lastres. Ahora, tal vez, la cosa cambiaría si recalaba allí definitivamente.

Unos días después de haber entrado por primera vez en el local, cuando consideró que ya había algo de confianza, a Libio Sanjuán se le ocurrió la idea de colocar una estantería con libros entrando a mano derecha, así la tendría cerca. Una bien grande, esquinera, con toda clase de géneros, antiguos, clásicos y modernos, que se pudieran tomar prestados. Y allí dejó unos cuantos que, como por arte de algún

extraño encantamiento, fueron aumentando en número. Los parroquianos del café los tomaban, se los llevaban a casa y luego los devolvían, nunca dejaron de devolverlos al lugar del que los habían tomado. Y allí, al amparo de la luz que desprende la Luna llena y al cobijo de la sonrisa serena de Miranda, acompañado de sus amigos los libros, Libio Sanjuán, el escritor muerto de no escribir, resucitó.

El lector

Nadie sabría decir si el lector estuvo siempre allí o apareció de pronto un día, con un libro en las manos y su taza de café. Hay que añadir que el lector es muy pero que muy cafetero y que le gusta casi tanto el café como leer. Y, para hacerse una idea de lo mucho que le gusta leer al lector, basta con saber que cuando sale a la calle siempre lleva un libro en el bolsillo por si se queda encerrado en el ascensor. En más de una ocasión le hubiera gustado permanecer encerrado en ese pequeño espacio a solas con su libro durante un buen rato. Aunque por más que lo desea —ha leído en algún sitio que las fuerzas del universo se conjuran para que el que desea con todas sus fuerzas alcance lo deseado—, el elevador de su edificio nunca se ha estropeado con él dentro.

Pese a que siempre buscó incansablemente su lugar en el mundo, la verdad es que el lector llegó al Café de la Luna por un despiste. Andaba leyendo uno de sus libros —y lo de andaba es literal ya que la práctica le ha llevado a deambular por las calles con sus libros en las manos sin apartar la vista de las páginas y sin tropezar con la gente—, cuando se vio de pronto frente al local. No se fijó en la plaza, no se fijó en la fuente ni en los tilos ni mucho menos en el arco, lo que de verdad le atrajo hacia allí fue el penetrante y sensual aroma del café recién hecho.

Abrió la puerta y la luz del plenilunio salió a su encuentro. Lo primero que pudo ver fue la enorme librería. No dudó ni una milésima de segundo y, como si una fuerza superior a él lo atrajera, se sentó justo delante de ella. En el ambiente flotaban algo más que aromas de café y enseguida comprendió que lo que había guiado a su olfato hasta aquel rincón había sido aquella mágica combinación de fragancias. Y es que, mezclado con el aroma penetrante y terroso de la oscura bebida, había una cierta esencia a libros viejos. También fluía una sutil corriente de inspiración, tal vez la que desprendía el bueno de Libio Sanjuán, el escritor, a medida que iba creando sus escritos. Eran

los libros viejos que descansaban en aquella enorme librería, muchos y muy diversos ejemplares escritos por muchos y muy diversos autores, quienes desprendían aquel perfume que el lector tan bien reconocía.

Como era costumbre en él, siempre que se encontraba en presencia de libros ajenos, estuvo leyendo los lomos de cada uno de ellos para saber de qué obras se trataba sin sacarlos de su lugar. Lo que vio le gustó. Casi siempre le gustaba. Era muy difícil no encontrar algún libro que hubiera leído y recordara con cariño o algún que otro que le gustaría leer. Los nuevos libros, los desconocidos, le daban alas, le hacían volar por los inmensos cielos de la imaginación. Los conocidos, los amigos, simplemente le hacían sentir bien.

El primer día pidió un café solo, el café por excelencia, el rey de los cafés, aunque hubiera podido tomarlo en cualquiera de sus muchas versiones, cortado, con hielo, bombón, con leche y con hielo… y hasta un carajillo si el día hubiera estado muy frío.

En aquella mesa del local de Miranda saboreó cientos de elixires a base de café y miles de páginas escritas. A veces hablaba con la propietaria o con alguno de los parroquianos, pero el lector buscaba, entre aquellas cuatro paredes, en aquel rinconcito mágico de la Ciudad Condal, un espacio donde dejar fluir la lectura, lenta, pausadamente. Para Juan, que así se llama el lector, leer lo es todo. No es que sea una persona cerrada o sin amigos, nada de eso. Tenía una vida, unos sueños y unas ilusiones, pero había hallado tal placer en el acto voluntario de leer que en él encontraba alivio, tranquilidad, paz y todo lo que un alma sensible necesita para seguir latiendo, todo lo que hace que la vida sea vivible.

El mayor tesoro de Juan son sus libros. Los atesora por cientos. Los lee y a veces los relee. Los recomienda pero raras veces los presta ya que, según él, los libros tienen su orgullo y, si los dejas, raramente regresan. Otros de los tesoros del lector son los que se encuentran en lo que él llama «su cajón». Allí guarda un simpático lagarto verde de goma, una curiosa boa articulada de madera y un buen puñado de fotos de bibliotecas de todo el mundo. Les roba el alma a las casas de los libros con su máquina de fotografiar y las conserva como si fueran pedazos de la suya propia. Lo que para otros son las iglesias, las mezquitas y los templos en general, lo son las bibliotecas para el lector.

El día que Juan conoció a Libio, el escritor, fue como si dos estrellas lejanas se encontraran en medio del oscuro firmamento: todo se iluminó. El lector llevaba ya tiempo observando a aquel hombre de las americanas, de lino en verano y de pata de gallo en invierno, que cubría su cabeza con gorra de pana o sombrero panamá y que llevaba unas gafitas redondas a lo John Lennon bastante pasadas de moda como todo el resto de su atuendo. Le veía escribir en papeles, servilletas y cuadernos. A veces le escuchaba leer algún fragmento en voz alta para que Miranda pudiera darle su opinión. El lector miraba atento, con disimulo, pero no decía nada. Leía en aquel personaje igual que lo hacía en sus libros, en silencio, con emoción y un reverencial respeto.

Fue así durante un tiempo hasta que un día, al ir a salir por la puerta, uno por la derecha y el otro por la izquierda, lector y escritor chocaron. Apenas fue un roce, pero aquel contacto se convirtió en la excusa perfecta que dio pie a una agradable conversación.

—Disculpe, no era mi intención —dijo el lector.

—Faltaría más, buen amigo, no ha pasado nada, descuide —dijo el escritor mientras recogía el libro que se le había caído a causa del golpe.

Libio Sanjuán estaba leyendo *Bartleby y compañía* de Enrique Vila-Matas, uno de los escritores preferidos del lector.

—Estupendo libro —dijo Juan con apreciable agrado.

—¿Le gusta Vila-Matas?

Juan afirmó con un gesto y cara de entusiasmo. Hubo un breve silencio. Parecía que la conversación había acabado casi sin haber pasado del comienzo, pero entonces el lector volvió a la carga.

—¿Escribe usted?

—Lo intento —dijo Libio con algo de rubor en las mejillas. Dicen que al verdadero escritor le cuesta mostrar sus escritos porque es como si apareciese desnudo frente a la mirada de los demás.

—Disculpe que se lo diga así, no me gustaría parecer maleducado pero… es que le he estado observando.

—No tiene que disculparse, amigo, también le he observado yo a usted. —Ambos sonrieron—. Se puede decir que la osadía y el

atrevimiento han sido mutuos. Es usted un gran lector.

—Sí, puede ser.

—No, no es una pregunta, señor mío, es una afirmación. Desde mi mesa me he afanado en ver las portadas de todos los libros que usted siempre se trae entre manos y también he podido observar la manera en que los saborea y los mima, casi los acaricia cuando pasa sus páginas. Ya sé que somos unos perfectos desconocidos aunque hemos compartido el techo que nos cobija durante muchas horas, pero… ¿le gustaría leer alguno de mis escritos?

—¡¡¡Por supuesto!!! —exclamó el lector, gratamente sorprendido.

—Es que soy de los que piensa que el acto de escribir solo culmina cuando lo escrito es leído.

Juan se quedó perplejo y maravillado ante aquel generoso ofrecimiento y aún más porque aquella frase bien la podría haber dicho él.

—Es cierto, ¿qué sería de ustedes los escritores sin nosotros los lectores? —Y enseguida, pensando que tal vez se había excedido, aclaró—: No me malinterprete, quiero decir que, igualmente, ¿qué haríamos nosotros, pobres enfermos de literatura, sin ustedes, proveedores de esa maravillosa droga?

—Estamos condenados a entendernos —añadió el escritor con una sonrisa.

A partir de aquel día lector y escritor iniciaron una amistad simbiótica que les reportó a ambos muy buenos ratos. A veces, desde sus respectivas mesas, se observaban con discreción y en silencio. Uno escribiendo mientras el otro leía, sabiendo que ambos formaban parte de una especie de ciclo, de un círculo secreto que no podían completar el uno sin el otro. Cada uno se admiraba de la dedicación del otro, de su manera de hacer las cosas, de su concentración. Cada uno se dedicaba a lo suyo, a hacer lo que más amaba. No compartían mesa salvo en alguna ocasión concreta, puntualmente, cuando tenían algo que decirse. Leer y escribir son actos solitarios como muy bien saben lector y escritor.

El escritor le dejaba a Juan algunos de sus escritos para que pudiera leerlos y darle su opinión. Él, por su parte, dedicaba tiempo de lectura a sus obras y le explicaba lo que había sentido con ellas;

también, de tanto en tanto, le regalaba alguna hermosa frase que le había tomado en préstamo a otros autores. Un día le citó de carrerilla unas hermosas palabras de Machado:

—«Leer algo que hemos escrito y que nadie ha leído aún es como mirarnos por la mañana en el espejo, sabiendo la cara que vamos a encontrar, y que no es la verdadera. Nuestra verdadera cara, la que nos es tan imposible de reconocer como el sonido de nuestra voz, solo la vemos por sorpresa, en las fotos que no recordamos que nos hicieron, en los espejos de los escaparates, y siempre nos parece extraña; para saber cómo es tiene que verse en los ojos de otros».

Y a Libio le gustaba ver sus escritos a través de los ojos del lector, reconocerse en sus palabras, ver su reflejo. Otro día era él quien le regalaba sus disertaciones:

—Verá usted, amigo mío, yo creo que la escritura tiene mucho de urgencia. Una urgencia momentánea que se transforma pronto en calma. Pero en un instante, urgencia. Atrapar ese momento para siempre. Urgencia. Tomo prestadas palabras de Pessoa, al que no sé si es demasiada pretensión considerar un colega, en *La educación del estoico*, para ilustrar esta idea. Dice Pessoa: «Aún me atormenta perder una idea, que se me escape de la memoria una frase pendiente de escribir, no retener un punto de vista. Sé muy bien que muchas veces no conseguiría dar un cuerpo real a esos esbozos. Pero existen unos celos de mí mismo, una avaricia de lo abstracto...».

Y otro día, para agradecerle lo grande que le hacía sentirse, lo importante, lo necesario, el escritor le regaló al que ya consideraba SU lector, su más fiel y entregado crítico, unas hermosas palabras. No en vano había llegado a apreciarlo como amigo y veía en él a una especie de editor capaz de susurrarle ideas y de hacerle reparar en cosas que él no era capaz de ver.

—Como dice otro gran escritor que es Antonio Muñoz Molina: «...cuando uno escribe, solo está haciendo la mitad de un trabajo que ha de culminar y de cobrar vida en la imaginación del lector».

Y tras agradecer aquella declaración de principios, el lector le preguntó:

—Entonces, querido escritor, ¿en qué medida a uno le pertenece lo que escribe?

Y sin pensarlo demasiado, con el corazón en la mano, respondió el escritor:

—Tendríamos que decir que somos nosotros los que pertenecemos a la escritura, a la literatura en general, y no al revés.

A lo que Juan Salas, el lector, respondió alzando su taza de café, esta vez con hielo, en señal de asentimiento y para celebrar con un brindis aquella acertada idea.

El duende que afinaba pianos a cambio de una flor

El piano de Miranda llegó procedente de un mercado de viejo. Estaba lleno de polvo y tenía algún golpe en su caja, pero nada que no pudiera arreglarse o mejorar hasta convertirlo en algo prácticamente imperceptible. La dueña del café encontró aquella enorme caja de resonancias sola y olvidada, desamparada en un puesto de cachivaches. Lo cubría una densa capa de mugre y quedaba oculto bajo el singular desorden de objetos amontonados. A muchos de los compradores de aquel mercadillo les llamaba la atención y se acercaban hasta él para levantar la tapa de sus teclas y tocarlas, pero pocos de ellos tenían espacio en sus casas para albergar un piano de cola.

Miranda no pudo resistirse a la tentación. Calculó mentalmente el espacio que quedaba a mano derecha de la barra de su local, haciendo rincón con las escaleras que iban al sótano. Aquel era el sitio perfecto para tan hermosa pieza de arte. Se acercó a él y lo miró atentamente, con un brillo de ilusión en la mirada. El vendedor acudió rápidamente a punto para disparar a bocajarro mil argumentos para convencerla. Pero no le hicieron falta.

—Y usted, bella dama, ¿qué desea? —dijo, zalamero.

—Me llevo este piano.

El tipo se quedó estupefacto. Miranda no regateó, sobre todo porque ni siquiera le había preguntado el precio y porque estaba dispuesta a pagar por él lo que fuera. Mientras el hombre daba rodeos sin saber cuánto debía pedir para quitarse de encima aquel instrumento, ella rezaba por lo bajini para no haberse equivocado en las medidas calculadas a ojo de buen cubero. Al final, el chamarilero le pidió menos de lo que la compradora pensaba que tendría que pagar, así que todos quedaron contentos. Miranda no dijo nada porque seguía ensimismada con el bello instrumento de teclado y percusión.

El día que lo trajeron los transportistas se armó en el café un enorme revuelo. Hubo que mover casi todas las mesas para que pudieran entrarlo y todos los clientes se levantaron para abrirle paso. Una vez en su ubicación definitiva todos coincidieron en que lucía precioso. Miranda le puso unas flores sobre el atril. Acababa de traerlas Demetrio, el amigo que tenía un puesto de flores en las Ramblas y que siempre la proveía de tulipanes, lirios o claveles que ella colocaba en los jarroncitos que había sobre cada una de las mesas del local. Ese día el florista le trajo un par de rosas de regalo y ella las colocó sobre el piano. Se veía más hermoso así. Igual que se veía hermosa Miranda con aquella mirada de felicidad, con el brillo que había dado a su rostro la ilusión de aquel momento.

Demetrio la observaba sin que nadie se diera cuenta, desde su lugar en la barra, silencioso y discreto. Allí estaba la mujer de la que llevaba un par de décadas enamorado, enamorada a su vez de una caja de resonancia de madera. También allí estaba Manuela, la anciana cupletista, contemplando el instrumento con devoción. Y así, poco a poco todos los parroquianos fueron cayendo presos del encanto del viejo piano. Como Demetrio había quedado cautivo de la belleza de Miranda el primer día que la vio bajando por las Ramblas cogida del brazo de su ricachón. Entonces ella era la amante, la mantenida de aquel tipo de la buena sociedad, pero él no lo sabía. Se detuvo en su puesto a comprar unas flores. Él escogió el ramo más hermoso, el más fresco, para ella. No se las hubiera cobrado, pero el tipo con el que iba sacó un abultado fajo de billetes de los que soltó un par sobre su mostrador con algo de prepotencia y desprecio.

Los años pasaron y Demetrio siguió en su puesto de flores, día tras día, esperando sin esperanzas que aquella hermosa mujer apareciera de nuevo. Pasaron casi diez años de un plumazo y sin piedad. De pronto, una mañana, ella volvió a detenerse frente a sus cubos llenos de flores. El florista no se lo podía creer, estaba convencido de que se trataba de un sueño. Cuando le preguntó si podía ayudarla en algo ella le explicó que quería algunas flores, que las querría prácticamente a diario si la trataba bien y le hacía buen precio. Él no lo dudó un momento, también esta vez se las habría regalado. Le dijo que no solo le iba a hacer el mejor precio, sino que además se las llevaría personalmente hasta su local si le facilitaba la dirección. Miranda no

pudo rechazar aquella estupenda oferta.

Los años siguieron pasando y Demetrio se los pasó vendiendo flores y llevando miles y miles de ellas al café de Miranda. Allí siempre estaba ella, esperándole con una sonrisa. Seguía siendo tan hermosa como la primera vez que la vio, cada día un poco más, ya que los años le habían dado ese aire de mujer de mundo, refinada y bohemia. Y él seguía tan enamorado de ella como lo había estado desde aquel día. Pero estaba convencido, siempre lo estuvo, de que una dama como aquella nunca se fijaría en un pobretón como él.

Demetrio pasaba los días en su puesto de flores. Resultaba curioso ver con qué delicadeza trataba aquel hombretón su mercancía y era maravilloso escucharle hablar de ella. Su vida eran sus flores. Y no solo las que vendía en su parada, sino también la propia Miranda a la que el florista consideraba su más bella flor. En sus ratos libres, Demetrio pintaba. Y lo que pintaba también hubiera asombrado a muchos por su delicadeza y sensibilidad. Por eso lo mantenía en secreto y ni siquiera se lo había contado a la persona en la que más confiaba. El bueno de Demetrio pintaba hermosas flores que cualquier crítico de arte podría haber emparentado con las de la gran Georgia O'Keeffe. Flores de bellos colores y exuberantes formas, flores que guardaban en sus redondeados pétalos y en sus alargados tallos toda la esencia de la mujer, la esencia y el aroma de la propietaria del café.

El día en que el piano llegó al Café de la Luna Demetrio empezó a amarlo también, casi como a un hijo, porque sabía que Miranda lo amaba como si tuviera vida propia. Por eso, cuando aquel músico callejero llegó a su puesto pidiéndole una flor para poner en su roñosa solapa, lo primero que se le ocurrió preguntarle fue si sabía algo sobre pianos. Bruno Fusa era ese músico andrajoso que llevaba su armónica y su guitarra adheridas a la piel y andaba arriba y abajo por el centro de la ciudad tocando en las esquinas o en el metro.

—El piano es un instrumento de teclado de cuerdas percutidas por el sistema de clasificación tradicional y, según la clasificación de Hornbostel-Sachs, es un cordófono simple…

—Para, para, que te embalas —le dijo Demetrio tratando de frenar aquella altisonante perorata—. Lo que quiero saber es si serías capaz de afinar un piano.

—Por supuesto, señor, sus dudas me ofenden. Bruno Fusa es capaz

de hablar con los instrumentos y de sacar de su alma las mejores notas. ¿Es el piano un instrumento? —Y Demetrio asintió aunque era pura retórica y el músico no esperaba respuesta—. Pues Bruno Fusa lo puede afinar.

Con las señas que le dio el florista, Bruno Fusa llegó hasta el Café de la Luna, no había pérdida para un ser mágico como él. Halló la plaza del Record al girar una esquina, como le había dicho y, tras pasar el arco ojival que se erigía como guardián de aquel enclave, quedó empapado de flores de los tilos que coronaban la plaza y que se derramaron sobre él. Allí estaba la puerta de hierro forjado con estrellas y ondulantes y sinuosos motivos vegetales. Entró y se dirigió hacia la barra, donde estaba Miranda, preguntando dónde se encontraba el piano que había que afinar. Ni siquiera esperó a que la mujer le respondiera ya que por el rabillo del ojo vio los brillos de su caja.

—Aquí me tienes, amigo —le dijo—, no sufras más que las manos mágicas de Bruno Fusa han venido a curarte.

Miranda salió de detrás de la barra para ver lo que aquel individuo quería hacerle a su piano. Le dijo que ella no había llamado a ningún afinador, que ni siquiera sabía tocar el piano y, por supuesto, que no tenía ninguna intención de aprender a sus años.

—Pero debe saber que desafinado es como si estuviera mudo, señora.

—A mí eso me da igual, yo lo quiero tal y como está.

—Pero un piano mudo no es feliz…

Miranda se quedó pensativa. Ella lo había rescatado de aquel anticuario porque le pareció triste y solo, desamparado. Se había propuesto hacerlo feliz, pero claro, ¿cómo podía saber ella qué era lo que podía hacer feliz a un piano? Y ahora, aquel joven desconocido, le venía a decir que desafinado no era feliz. Lo cierto es que tampoco estaba de más que sonara bien aunque nadie fuera a tocarlo.

—¿Cuánto me llevará por afinarlo?

—¿Dinero? No, señora, no se confunda. Esto lo hago porque soy músico y a los músicos nos gusta que los instrumentos sean felices y también porque alguien me lo ha pedido.

—¿Alguien se lo ha pedido?

—En efecto, pero no seré yo el que delate el nombre de quien me propuso afinar su piano a cambio de una flor.

—¿Y no tendré que pagarle nada? —preguntó incrédula.

—No, señora, ya le digo que me pagaron con una flor… una flor de por vida cada día, todos los días de mi vida. Suena hermoso, ¿no es cierto?

Sin esperar respuesta Bruno Fusa levantó la tapa que cubría el teclado y comenzó a hacer sonar las notas. La música desafinada del piano fue llegando poco a poco hasta cada uno de los parroquianos del café. En ese momento el lector, Juan Salas, y el escritor, Libio Sanjuán, conversaban sobre el poema y su lector, a propósito de un texto de la poetisa Alejandra Pizarnik. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y se entremezclaron con los sonidos provenientes del piano. Hubo un breve silencio musicado que les arrancó a ambos una cómplice sonrisa.

Bruno Fusa, en realidad, era un duende, aunque nadie, ni siquiera Demetrio el florista, lo sabía y nunca lo llegarán a saber. Sus manos hábiles, sus dedos mágicos ajustaron con espectacular precisión las tensiones de las cuerdas para alinear correctamente los intervalos entre sus tonos. Fue asombrosamente rápido y, en cuanto hubo acabado, desgranó una hermosa melodía. A la luz suave del plenilunio, que invadía por completo el interior del local, los rostros de los presentes se iluminaron y muchos de ellos sonrieron.

A partir de ese día, el joven Fusa, músico callejero por vocación y afinador de pianos por un día, ocupó la mesa que se encuentra frente a la barra y al lado de la de Berenice, muy cerca del piano. Aunque le había dicho a Miranda que no le debía nada, que ya le habían pagado, ella quiso mostrarle su agradecimiento. Se sentía tan agradecida que supo que ese sentimiento de gratitud por haberle devuelto la voz a su piano sería eterno. Por eso, le dijo, nunca le permitiría pagar nada de lo que tomara en su café.

La verdad es que Bruno consumía poco, apenas un refresco de vez en cuando. Además, se sentía más que pagado con las flores que Demetrio le regalaba a diario y que lucía orgulloso en su solapa cuando iba de aquí para allá por la ciudad, deleitando a los paseantes con sus melodías, casi siempre improvisadas por él.

También, a partir de entonces, Miranda empezó a mirar a Demetrio de otra manera. Aquella frase que le había dicho Fusa el día que apareció en el café para afinar el piano no dejaba de darle vueltas por la cabeza: «Ya me pagaron con una flor». Le parecía más que evidente que tenía que haber sido Demetrio el que le había pedido a aquel muchacho que afinara su piano. Pero, ¿por qué? Y, ¿por qué no le había dicho nada?

Seguía la vida en el Café de la Luna. Y seguía la vida en las Ramblas. El mundo seguía girando mientras Miranda continuaba preguntándose si había sido su amigo el florista el que le había mandado al afinador. Cada mañana, cuando Bruno pasaba por la parada de flores de Demetrio para saldar su deuda, antes de marcharse echaba polvo de duendes sobre las flores que tenía apartadas para llevarle a Miranda. Y cada vez que el florista entraba con ellas en el café, todo a su paso resplandecía con un suave cosquilleo de felicidad e ilusión.

Miranda no podía evitar sentirse feliz cada vez que Demetrio aparecía por la puerta. Su sonrisa, siempre amable y dispuesta a ofrecerse a los demás, se volvía mucho más abierta y sincera al ver aparecer al hombre de las flores en la entrada. Pero los días pasaban y ni Demetrio se atrevía a hablarle de su amor por ella, ni Miranda osaba preguntarle a su amigo si era él quien le había enviado al afinador.

Por eso un día, a la hora que Demetrio solía ir a llevarle las flores a su amada, Bruno Fusa llegó al local para ejercer su profesión. Como siempre, la bella dama con aspecto de hada lo observaba ensimismada y en silencio mientras el florista hacía lo propio con ella. Estaba hermosa, pensaba, y ella no se daba cuenta de que la miraba, de que la acariciaba con el halo de sus pestañas.

La música del piano que salía de las manos del afinador lo envolvió todo. Bajó a la bodega y meció el sueño oscuro y húmedo de sus caldos. Se disolvió por el local e hizo estremecer con su acompasado latir a más de uno de los presentes. Entró por las paredes y empapó los cimientos. Y las almas de los que antaño frecuentaron el lugar, que habían quedado atrapadas entre aquellos muros, se desperdigaron por el espacio en forma de vibración sonora. La larga historia que habita el lugar desde la época romana, se fusionó con las notas musicales que

iban esparciéndose por todos los rincones. Así, la noble Medea, una de sus muy ilustres habitantes en la época medieval, la que se enamoró perdidamente de un caballero al que no podía amar más que de tanto en tanto cuando su marido se iba a la guerra o de largas cacerías, la dama adúltera quiso regalar a Miranda un poco de lo que ella había sentido entre aquellas cuatro paredes. Y su alma, convertida en polvo de partículas de Luna, voló hasta colarse en el pecho de la mujer con aspecto de hada traspasando incluso un grueso medallón que llevaba al cuello.

El duende, con la música que le regalaba el piano, agradecido con él desde que lo había afinado, colmó de felicidad todo el espacio que ocupa el café. Las notas que liberaba del teclado despertaron las esencias de vida y placer que permanecían adormecidas por doquier en forma de buenas vibraciones, de latidos de corazón desenfrenados. Hasta las estrellas de hierro forjado de la puerta resplandecieron. Y una locura de amor y deseo se apoderó de Miranda.

La mujer de la sonrisa amable, la bella dama del Café de la Luna, miró a Demetrio y, por primera vez en tantos años, lo vio. De pronto, el gran amigo se había convertido en un hombre, en una mirada, en una boca sedienta de placer, en un cuerpo que podía acariciar y ser acariciado. Él también la miró. Se miraron. Y en medio de aquella música, aprovechando que los presentes estaban extasiados deleitándose con ella, Miranda lo tomó de la mano y lo condujo en silencio hacia el sótano.

Allí, apoyada contra el capitel romano, Demetrio la desnudó. El aroma a popurrí de flores y a humedad de aquellas catacumbas se tornó olor a cuerpos encendidos, a fluidos románticos, a elixires de amor. Ante los ojos de aquel hombre, Miranda se abrió como las flores que él pintaba y se derramó en cascada de pétalos entre sus manos. Él fue nota de melodía, letra de canción. Se amaron como dos adolescentes.

Fueron apenas unos minutos tras los cuales la dueña del café y el florista volvieron a ocupar los lugares que les correspondían dentro de aquel espacio. La música que arrancaban al piano las manos de Bruno Fusa cesó. Los aplausos espontáneos lo invadieron todo mientras el afinador saludaba ceremoniosamente. Miranda y Demetrio se miraron y se dedicaron una sonrisa cómplice. Nada parecía haber cambiado en

el interior de aquel lugar de ensueño. Cada uno de sus clientes reanudaba su cotidiano devenir pero con el corazón henchido de notas musicales regaladas y de efluvios de felicidad absorbidos.

Aquella noche, cuando Miranda bajó las persianas del local, Demetrio la esperaba apoyado en la fuente. Con un gesto de su cabeza lo invitó a entrar. Subieron las escaleras hacia la planta de arriba donde se encuentra la vivienda de Miranda, apenas un baño, una pequeña cocina y su habitación. Y allí, entre destellos de luz de estrellas y la tenue claridad que se colaba por la puerta, Miranda y Demetrio se amaron. Esta vez con menos prisa, sin tanta urgencia pero con la misma fuerza y pasión que hacía apenas unas horas. Se amaron tanto que hasta los cimientos de la casa crujieron.

Y así una y otra vez hasta que se durmieron agotados. Miranda soñó con bellas e inmensas flores que brotaban por todas partes en su café. Salían de la bodega y trepaban por las escaleras, se emparraban por las columnas del local, se enroscaban en la barra y se convertían en pequeños pomos que adornaban las mesas. Y en sus sueños era capaz de sentir hasta su aroma.

Demetrio tuvo un sueño inquieto y agitado en el que no hubo viaje onírico a ningún lado. De tanto en tanto se despertaba sobresaltado creyendo que su noche de amor con Miranda no había sido más que un sueño. Entonces, abría los ojos y la veía a su lado, respirando tranquila, con su pelo enredado sobre la almohada. La acariciaba muy suavemente con sus manos enormes y la respiraba para embeberse de su aroma como hacía a diario con las flores. Después depositaba un beso imperceptible en sus labios y procuraba volverse a dormir. Aunque sabía que no lo conseguiría más que unos pocos minutos.

Y así, noche tras noche, Demetrio y Miranda siguieron amándose. Y día tras día siguieron viviendo sus vidas entre flores de todos los colores y cafés en compañía. Juntos, el aroma del café y el de las flores, se convirtieron en un peculiar perfume que siempre les acompañó. No le dijeron nada a nadie. Las cosas tienen un equilibrio y no es bueno romperlo. El secreto, el misterio y el anonimato son más amigos de la pasión y del amor que la rutina. ¿Para qué querían gritarle a los cuatro vientos su historia de amor? ¿Para qué robarle aquella sensación tan deliciosa de los encuentros furtivos? Por eso, cada noche cuando Miranda echa el cierre a su Luna particular, se

encuentra al hombre de las flores esperando, sentado en los escalones de la cantarina fuente. Si algún día pasáis por la plaza del Record pasadas las doce de la noche, allí le veréis, apoyado en el surtidor de piedra, bajo los tilos, esperando que una vez más le ilumine el plenilunio.

Por su parte, Bruno Fusa, el duende camuflado de músico callejero que se convirtió en afinador de pianos por obra y gracia de las flores, sigue apostado en algún rincón del barrio gótico. Un día aquí, otro día allá, no tiene un punto fijo donde le guste apostarse. Es un nómada incorregible pero, de momento, se siente feliz en esta ciudad a la que acarician las olas y que a él le huele a sal. De tanto en tanto dirige sus pasos al Café de la Luna y esparce polvos de duende por rincones, repisas, trastos varios y, por supuesto, siempre deja un puñadito encima del piano. Desde su mesa al pie de las escaleras que bajan a las catacumbas del local, observa con disimulo a su mentor y a la bella Miranda para asegurarse de que lo que ha unido un duende al amparo de la Luna llena no lo puedan separar ni la monotonía ni las soledades ni los sinsabores ni las maledicencias.

Camas calientes

Llegó a la tierra prometida desde su Ayacucho natal, allá en el Perú. Atrás quedaban muchas cosas. En realidad todo quedaba. Pero decidió no mirar atrás. En vez de eso ascendió al mirador de Acuchimay para ver su tierra. La vio en todo su esplendor, en su magnífica y abundante belleza. Y luego se marchó. Se subió en la camioneta de Mauricio Cuturrufo, su mejor amigo, y juntos se dirigieron al aeropuerto.

—¿Estás seguro de que quieres irte? —preguntó Mauricio.

Y Prometeo asintió. Pero mintió porque no estaba seguro. La verdad es que algo dentro le decía que se quedara. No quería partir. Pero ya no había vuelta atrás. Había gastado todos sus ahorros para comprar el billete de ida y, aunque había sentido que se le desgajaba el alma, que aunque él partiera, esta se quedaría allí entre sus gentes, había tomado una determinación y estaba decidido a intentar cambiar su suerte. No sabía si iba a ser para mejor o para peor, cambiarla simplemente, y rezar con todas sus fuerzas para que el cambio fuera positivo.

Eran ya muchos años de ver la vida pasar por delante de sus ojos. Días enteros observando los hermosos paisajes de Ayacucho, perdiéndose en la delicada redondez de sus montañas y en el brillante verde de sus campos viendo a las llamas pastar. Prometeo trabajaba en un pequeño taller de alabastro en el barrio de Puca Cruz y, a veces, cuando se lo pedía el dueño, se ocupaba de la tienda de artesanía. De tanto en tanto era entretenido ya que por allí pasaba gente de todo el mundo, turistas que buscaban cualquier objeto que llamase su atención y que fuera barato para regalar a sus amistades, algo típico para llevar como souvenir. Pero también, de vez en cuando, pasaba por allí alguien interesante. Un día entró un artista, o al menos eso fue lo que le contó.

Era un hombre de pelo blanco que vestía elegantemente. Sujetaba en sus manos una pequeña llama que él había esculpido en alabastro,

la piedra de Huamanga. La miró, la remiró, la tocó durante unos segundos y se dirigió a él para preguntarle quién la había creado. Para que aquel hombre no se viera obligado a ser cortés le dijo que era obra de uno de los muchos artesanos del taller, aunque sabía bien que aquel animal había salido de sus propias manos, lo reconocía como una madre reconoce a cada uno de sus hijos. El hombre le habló de proporciones, de realismo, de captar la esencia de las cosas, de darles vida… y le pidió que felicitara al artista. Después de eso añadió que sabía bien de lo que hablaba, que él también se dedicaba al arte, que era pintor y escultor allá en su país. No pidió que le hiciera un descuento y fue por eso que Prometeo le creyó.

Aquella noche la llama se le apareció en sueños. Venía acompañada del amable caballero. El hombre elegante de pelo blanco le dio un trozo de alabastro y le pidió que creara algo para él. Prometeo obedeció e hizo nacer de la piedra un cóndor que enseguida cobró vida y voló. Rápidamente puso en sus manos otro bloque de aquel preciado sulfato cálcico. Y el artesano sacó un árbol que danzó ante ellos movido por el viento. Más piedra de Huamanga que convirtió en un hermoso perro que ladraba meneando la cola contento. Y, finalmente, un enorme bloque de tonalidades sepia del que nació un león. El león era majestuoso, sus melenas se movían sinuosas. Estaba tumbado como una esfinge magnífica y regia, rugiendo. El hombre le felicitó: había creado con sus manos, había dado vida a aquellos pedazos de pálido alabastro. Estaba contento, se sentía bien, más cuando aquel extraño le dijo que quería que fuera con él, que le acompañara a su país para que pudiera mostrarle a todo el mundo la grandeza de su arte, la magia de sus manos. Pero entonces el león se levantó y comenzó a perseguirlos. Se comió al hombre del pelo blanco y luego fue a por él. Cuando ya lo tenía acorralado…

—Prometeo, hijo, no se me duerma que llega tarde al trabajo.

Era la voz de su madre que le llegaba junto con la luz del día que penetraba en su cuarto por la ventana que ella acababa de abrir. Aún sentía la tensión del momento, el corazón latiéndole en la garganta, el miedo. No sabía lo que quería decir aquel sueño, no tenía ni idea de cómo debía interpretarlo. Cuando se lo contó, su madre le dijo que era un mal presagio, que el hecho de que el león se comiera al hombre y quisiera comérselo a él también era muy mala señal. Su amigo

Mauricio opinó que solo era un sueño, que eso era cosa de la resaca de la fiesta de la noche anterior. Pero a él también le daba mala espina aquella extraña jugada de su subconsciente. Quiso olvidarlo, pero, del susto que se había llevado al despertarse sintiendo el aliento del temible león en su cara, se le había quedado mal cuerpo y sentía en la piel como un escalofrío.

La visita del hombre del pelo blanco, el sueño del león, el día a día sin cambios, no estaba seguro de lo que había sido, lo cierto es que empezó a pensar que tenía que marcharse de allí. Si quería probar suerte y convertirse en un artista, las fronteras de su Ayacucho natal se le quedaban pequeñas, le constreñían y no le dejaban soñar. Aquel león se había comido su sueño, pero no iba a dejarlo invadir su realidad con el fantasma del miedo. El sueño se estuvo repitiendo inmutable durante un tiempo hasta que cambió. La noche en que soñó que vencía al león, que lo sometía y sacaba de sus fauces al escultor-pintor que había venido del extranjero, ese día supo que se tenía que marchar.

Fue su amigo Mauricio Cuturrufo el que lo llevó hasta el aeropuerto Coronel FAP Alfredo Duarte Mendívil ubicado en la provincia de Huamanga. Mientras se dirigían hacia allí en su destartalada camioneta, Prometeo sentía que se le encogía el alma. Delante de él, por la carretera, iba pasando toda su vida. Su infancia en las montañas, el taller de alabastro, sus primeras piezas arrancadas al precioso mineral, su madre, sus travesuras y andanzas con el hijo de los Cuturrufo desde que eran muy chicos… Y todo se iba quedando atrás conforme la carretera lo iba acercando al aeropuerto. Y más lejos aún se fue quedando cuando el avión alzó el vuelo y sus montañas acabaron haciéndose pequeñas, cada vez más diminutas hasta perderse en el interior de sus pupilas.

Aquel viaje, junto con la despedida y las primeras semanas en el paraíso prometido, aparecen en la mente de Prometeo rodeados de una espesa nebulosa que no consigue disipar, ni siquiera forzando la memoria. Tal vez, antes de este cuartucho donde habita y que ni siquiera le pertenece, y antes de esta rutina de la obra en horario de noche, y mucho antes también de la insondable soledad, fue en realidad el Titán, que robó el fuego de los dioses para dárselo a los mortales, y de ahí su castigo.

Y es que su rutina vital no es más que eso, la expiación de una culpa. Duerme durante el día. Trabaja por la noche. Apenas ve a nadie. Apenas habla con nadie. Todo es soledad. Los días de fiesta, que son escasos, acude a alguna sala de arte sin más compañía que la de sus pensamientos. Esta soledad también le acompaña al Café de la Luna. Llegó allí porque un compañero de la obra le dijo que había una señora que buscaba un albañil, alguien para arreglarle una chimenea desconchada.

—Si tú quieres hacerlo, aquí te paso la dirección —le había dicho —. Yo ya tengo para hacer más chapuzas de las que quiero y, por lo que me van a pagar, ni me molesto en llamar.

Y así llegó Prometeo Díez hasta la plaza del Record, con un papelito en la mano donde le habían garabateado la dirección del lugar en cuestión, las señas de Miranda. Le costó un poco encontrarlo. De hecho, tenía la sensación de haber pasado por allí en más de una ocasión sin haberlo visto. Y al final apareció, como por arte de magia, aquel lugar de ensueño. La fuente cantarina, la cúpula de tilos, la lluvia de flores que te sorprendía al pasar por debajo. Era un rincón de esos que solo encuentras en los libros o en las postales, pensó.

Prometeo entró en el café y, sin dudarlo, se dirigió a Miranda. Estaba detrás de la barra y era tal y como su compañero de trabajo se la había descrito: «Esa mujer parece un hada —le dijo—, viste raro y lleva muchos collares estrambóticos y pendientes de esos muy grandes. Pero es guapa, la moza, muy guapa. En sus buenos tiempos debió de estar de toma pan y moja; vamos, *pa* echarle un buen…». Aquí, Prometeo intervino y cambió de tema. No entendía por qué los obreros de la construcción tienen esa tendencia a ponerse groseros que parece que va con el oficio. O a lo mejor tenía que ver con aquellas fiambreras de garbanzos con chorizo o fabada que les ponían para comer sus mujeres y que hacían hervir todo su cuerpo, no solo su estómago. Seguro que era eso.

Nada más verle atravesar la puerta, Miranda también supo quién era él. Se saludaron, charlaron un rato y, luego, ella le enseñó lo que le había pasado a la chimenea. Era como si se le hubiera caído la piel. Se había descascarillado. Prometeo examinó el desaguisado. Desde un lado, desde el otro, de frente… Tocó la chimenea, la golpeó con los nudillos y luego examinó los pedazos que la propietaria había

guardado con sumo cuidado «por si servían para algo». La mujer estaba realmente preocupada, le habló como si creyera que su amada chimenea se le estaba muriendo. Temía que se le viniera abajo. Nada más lejos de la realidad, la tranquilizó el artista peruano, se trataba de una capa de escayola trabajada de forma muy barroca con retorcidas volutas y abigarrados motivos decorativos. La estructura no estaba afectada, así que el problema tenía solución.

Miranda respiró tranquila. «¿Podría restaurarla?», le preguntó. Y el joven asintió pero, aunque le pareciera un atrevimiento lo que le proponía, ¿por qué no le dejaba sacar aquella capa de escayola para ver lo que había debajo? Sospechaba que se trataba de piedras muy antiguas y, lo sencillo, siempre resultaba más hermoso y acogedor. ¿De verdad le agradaba aquello tan recargado? Ella no supo qué decir. La chimenea era una de las piezas de su local que más le gustaba. ¿Que era un poco exagerada? Tal vez. ¿Que no entonaba con el resto del local? Probablemente. Pero a ella le encantaba.

Prometeo le garantizó que extraería la escayola con sumo cuidado. Estaba seguro de que bajo aquella capa había algo mucho más hermoso. Si no le convencía el resultado, le hacía otra promesa: volver a dejarlo todo según el original. «De acuerdo», dijo la mujer con apariencia de hada, al fin y al cabo siempre le había gustado asumir retos. ¿Cuándo podía empezar? En unos días. ¿Tenía que comprar algo? No, él se encargaría de pedirle al encargado que se lo comprara todo al mayorista que les servía el material. Así le saldría más económico. Seguro que también podrían pedirle algunas herramientas. Era un buen principio, pensó Miranda, y hablaba a favor de la honradez de aquel muchacho.

—¿Tiene una cámara de fotos?

—¿Para qué?

—Quisiera tomar unas fotos antes de deshacer la escayola por si se quiebra demasiado al sacarla, para tener una copia del original por si la memoria falla.

—Por supuesto.

—En cuanto tenga el material y todo lo demás me paso a verla.

Y así quedó la cosa. Aquel día Miranda invitó al escultor de Ayacucho a una cerveza fresquita con unas aceitunas. Como eran casi

las nueve de la noche y hacía bien poquito que acababa de cenar, él no supo qué pedir cuando le preguntó si le apetecía beber algo. Le ofreció café, té, un refresco… pero él quiso probar las olivas que había visto comer a otro cliente, quería saber si eran tan buenas como las de su país.

—Ahora no me apetece tomar nada pero… ¿me podría dar usted a probar esas olivas?

La mujer sonrió. Le pareció un gesto encantadoramente infantil. Así es que le sirvió un platito de aceitunas. Arbequinas, cornicabras, aloreñas, cordobesas… Miranda sacó dos o tres de cada de sus respectivas tinajas con un cacito agujereado. No demasiadas porque bien dice el dicho: «Aceitunas: la primera de oro, la segunda de plata, la tercera mata». Una clara advertencia de que no hay que abusar de ellas. Prometeo comió con delectación, saboreó con fruición y la boca se le hacía agua mientras iba degustando. No era sed, era el placer que despertaban aquellos sabores en sus papilas gustativas, el caso es que a ella le supo mal verlo comer a palo seco y le sirvió una cervecita bien fría. Desde entonces esa fue la consumición del peruano, el típico «para mí lo de siempre» del artista camuflado bajo el mono de trabajo de un ayudante de albañil.

Prometeo siguió acudiendo al Café de la Luna, aun después de haber acabado aquel arreglo, siempre un ratito antes de irse al trabajo. Se sentaba frente a la chimenea en invierno para estar calentito y en verano para contemplarla, para ver la hermosa joya de piedra que había sacado a la luz. La pieza original estaba hecha de piedras que ya fueron usadas en época romana, más de una de ellas tallada con alguna inscripción en latín. Había otras de época medieval. Entre estas últimas encontró una especialmente hermosa en la que aparecía un dragón que se asemejaba más a una hoja dentro de un motivo vegetal. Todos coincidieron en que era mucho más hermosa la obra original que la falsa obra de escayola con la que la habían cubierto después. Miranda se enamoró de su nueva chimenea, bueno, de la chimenea nueva que escondía su vieja chimenea.

A partir de ese día, el de la culminación de la obra, el padre de la criatura, como le llama Miranda, siempre ocupa el mismo lugar para poder mirar la chimenea. Es lo más parecido a una obra de arte que ha hecho desde que se fue de su casa. En verano se distrae

encontrando formas en los troncos que yacen expectantes en el hogar y en invierno las halla en las llamas que consumen esos troncos. Con su cerveza y sus olivas en cualquier época del año, Prometeo piensa en sus cosas, en su ayer, su hoy y su mañana, las tres ensoñaciones que habitan su cabeza.

Su ayer se quedó en Perú. De tanto en tanto le llega alguna carta con palabras de su madre que le escribe Mauricio. Atrás quedaron sus figuritas de alabastro y su existencia tranquila, segura y aburrida pero en el hogar, lo más cerca que se puede estar del nido. Su presente aparece también como algo irreal porque no le parece que lo que hace a diario le esté pasando en realidad. No es lo que se imaginaba cuando decidió venir a Barcelona. Además, vivir de noche es una extraña sensación. Las sombras le acompañan. El silencio con sus diferentes matices de intensidad es lo único que oye cuando camina a solas por las calles desiertas. En cuanto al futuro, se siente incapaz de vislumbrarlo.

El futuro era una utopía para Prometeo hasta hace unas semanas, poco más de un mes. Sucedió de pronto un día, cuando al llegar a ese zulo maloliente con derecho a taquilla propia y a cama compartida, le asaltó un dulce aroma a mujer. Tal vez no había reparado en ello hasta ese momento porque siempre que estaba allí era por poco tiempo y dormido o muy cansado. Pero también cabía la posibilidad de que tuviera un nuevo compañero de cama o, lo que parecía más probable, una compañera. Los días fueron pasando y cada vez se hizo más evidente que las cosas estaban cambiando. La habitación estaba más limpia, el olor a perfume siempre le acompañaba y hasta le habían puesto una funda al colchón. Las sábanas estaban más limpias, aunque seguían muy arrugadas, y siempre encontraba hecha la cama.

Lo más extraño de todo es que el nuevo aroma que invade su habitáculo, su diminuto espacio en ese piso patera, le acompaña también cuando está en el Café de la Luna. No sabe si lo imagina o si realmente está allí. Cada día, cuando regresa a su cuarto después de una dura jornada, se entretiene en buscar indicios de la mujer que ha estado en su cuarto, de su desconocida compañera de cama. Nada. Todo limpio y ordenado. Absolutamente nada que indique que allí duerme una mujer, excepto ese perfume.

Hasta que hace apenas unos días encontró un cabello largo y

rizado, muy rizado. Prometeo lo tomó de la almohada, lo estiró y luego lo enredó entre sus dedos. Se le llegó a pasar por la cabeza que ella lo había dejado allí expresamente para que él lo encontrara. Estuvo un buen rato pensando en esa desconocida, en cómo sería. Le puso cara y le inventó un cuerpo a aquel cabello. La imaginó de piel canela, de pelo largo y encrespado, ensortijado con pequeños caracolillos como si lo hubieran esculpido aquellos artistas romanos que le sacaban formas al mármol. La pensó de rotundas caderas y sensuales labios, de carnes abundantes pero prietas, una hermosa diosa de la fertilidad. Y pensando en ella se quedó dormido.

Otro día halló un libro de poemas. Lo tomó entre sus manos ansiosas. Tocó y olió. Abrió la página marcada con un punto y leyó:

Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan mis alas.
Desde mi boca llegará hasta el cielo
lo que estaba dormido sobre tu alma.
Es en ti la ilusión de cada día.
Llegas como el rocío a las corolas.
Socavas el horizonte con tu ausencia.
Eternamente en fuga como la ola.
He dicho que cantabas en el viento
como los pinos y como los mástiles.
Como ellos eres alta y taciturna.
Y entristeces de pronto como un viaje.
Acogedora como un viejo camino.
Te pueblan ecos y voces nostálgicas.
Yo desperté y a veces emigran y huyen
pájaros que dor

Le pareció hermoso. No sabía demasiado de letras pero le gustó. Cerró el libro y leyó el título: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Le pareció también muy hermoso. Se puso a leerlo robándole tiempo al sueño. Y decidió que lo mejor era empezar por el

principio.

Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en tu actitud de entrega. (…)

Y así hasta el poema número cuatro. De nuevo creyó ver una señal y decidió dejar otra de vuelta, así es que cambió de página el punto de libro. Colocó el ejemplar donde lo había encontrado y se puso a dormir. Ya al atardecer, en el Café de la Luna, el perfume de aquella hembra que leía poemas de amor fue a visitarlo. Tal vez se había quedado metido en su subconsciente y había algo en aquel lugar que conseguía activar su memoria olfativa.

Desde entonces, los días han ido pasando entre el turno de noche y el café de la plaza del Record. Todos iguales. Pero este sábado Prometeo ha cambiado de horario. El tipo que regenta la pensión le dijo hace unos días que su compañero de lecho no iba a estar por la noche y que si quería se podía quedar en el habitáculo las veinticuatro horas, que estaba pagado y se lo había cedido. Así es que hoy ha aprovechado para visitar una exposición de Pablo Gargallo en La Pedrera, en la bella, emblemática y misteriosa dama del paseo de Gràcia. Solo poner los pies en su vestíbulo ya es una experiencia para los sentidos, porque alzar los ojos por su patio de luces lo sumerge a uno en un mundo irreal. Sus formas orgánicas, sus azulejos, su maravillosa azotea. Siempre le ha gustado visitar ese lugar. Para hacer el día aún más estupendo, nada mejor que, una vez vista la exposición, irse a tomar una cervecita fresca y unas olivas al Café de la Luna. Y es allí hacia donde dirige ahora sus pasos.

Al entrar en el café un penetrante aroma muy conocido le ha sacudido las pituitarias. A la derecha, el lector; a la izquierda, el escritor; la hermosa dama en el centro; a su lado, el afinador de pianos y la figura de las Ramblas. Hay un par de mesas cuyos ocupantes no reconoce porque nunca antes los había visto. Seguramente serán gentes de paso. Se dirige hacia su mesa frente a la chimenea y, mientras lo hace, ve a Manuela al lado de la barra con su tacita de tila entre las manos. Y es en el mismo mostrador donde está Demetrio, contemplando embelesado a Miranda. Todo está como siempre, aunque para él, que suele llegar cuando ya casi todos se han

marchado, hoy el café tiene una vida nueva, mucho más intensa, con presencias reales que leen, escriben o simplemente piensan. Todas esas presencias que, por lo general, apenas comparten techo con él durante unos minutos antes de marcharse para preparar la cena o, directamente, para irse a dormir.

Prometeo camina hacia la barra para decirle a Miranda que hoy no recorrerá la noche como si fuera un vampiro y que hoy, después de muchos meses, vuelve a ver la luz del sol. Y es entonces cuando la ve. En un ángulo oscuro del local, en el rincón que forman las escaleras y el piano. Es la mulata más hermosa que jamás haya visto. Su rostro de facciones suaves y labios carnosos, su mirada oscura, almendrada e infinita, sus prominentes y redondos pechos que parecen pugnar por salírsele de la blusa. Y también es entonces cuando recorre el local una corriente de aire misteriosa que procede de la bodega, que alberga en su corazón la esencia de los amoríos de la dulce Medea y su caballero, el señor de Monforte, que se amaron clandestinamente en ese lugar hace algunos siglos. Esa ráfaga golpea su cara y entra a borbotones por los orificios de su nariz.

En ese momento Berenice levanta la mirada del libro de poemas que lee y relee, casi siempre sobre su cama. Prometeo reconoce el ejemplar al instante. Es un ejemplar viejo, aunque ese no es un indicio. Sí que le parece que lo es el rabito de cinta roja que sale de una de sus páginas y que se derrama sobre una de sus tapas. Es el punto de libro que lleva días moviendo de aquí para allá y que conserva, entrelazados entre los hilos de la trama del tejido, el aroma de la negra flor.

Prometeo atrapa con la suya la mirada de la hermosa mulata. No sabe si es así como se la imaginaba pero le gusta lo que ve. Y le gusta enormemente. La mira con descaro. La observa y la acaricia con los ojos. Esculpe con su mirada cada rasgo de su rostro, cada pliegue de su piel, cada prominencia de su escultural figura y ella, que lo ve, piensa que no es más que otro tipo descarado. Aunque ahora que se fija, esa cara no le es del todo desconocida. Cuando lo ve acercarse, se prepara para soltarle una buena fresca y quedarse tan ancha.

Prometeo se aproxima despacio, saboreando el momento. Ve los ojos de ella que resplandecen y sabe que no es de emoción porque no le conoce, es imposible que sepa quién es él. Ni siquiera está seguro de

que el juego que imagina que le sigue sea en realidad una complicidad entre ambos, tal vez es simplemente pura coincidencia. Pero esos ojos brillan y son muy hermosos. Tal vez ese es el brillo que siempre los adorna. No lo puede saber. Es la primera vez que se miran. Es la primera vez que comparten el mismo espacio a la vez. El hombre parece flotar arrastrado por los efluvios de ese perfume a hembra joven y ansiosa de amar que desprende la mujer.

Una vez salvada la distancia que los separa a Prometeo le asalta una duda, una especie de súbito miedo que lo hace estremecer. Corrige un momento su rumbo y se acerca al piano dejando de lado a esa mujer que hasta ahora no tenía rostro pero que hace mucho que se apoderó de sus sueños. Acaricia el piano con sus manos sabias. Levanta la tapa y aprieta con sus dedos callosos un par de teclas al azar. Es un bello sonido el que le regala la hermosa caja de resonancias. Y entonces, en voz lo suficientemente alta para que ella pueda oírlo, recita las primeras estrofas del poema número siete de los veinte que Neruda creó para que acompañaran a su canción desesperada:

INCLINADO en las tardes tiro mis tristes redes
a tus ojos oceánicos.
Allí se estira y arde en la más alta hoguera
mi soledad que da vueltas los brazos como un
náufrago. (…)

Y lo deja suspendido en el viento, acunado por las notas que acaba de arrancarle al piano, meciéndose entre los aromas a té o café recién tostado que flotan entre las cuatro paredes del local. Y el espíritu de Medea, la noble dama, la bella hechicera, le susurra al oído a Berenice que el hombre que ha soñado, el hombre con el que comparte cama sin que nunca se hayan visto, el hombre al que pertenece el aroma y la huella en las sábanas que permanecen en su cama, es él.

Encuentros

El día que Clara decidió cambiar de vida fue un día extraño. En el fondo, y para casi todos, ella también era algo extraña. Morena azabache de larga melena, penetrantes ojos de carbón encendido, boca de fresa pequeña pero sensual. Tan solo una mujer hermosa sumida en la más profunda de las soledades, deprimida porque su vida no le gustaba, porque se ahogaba en un mar de formalidades, buenas maneras e hipocresía. Una irreverente, una rebelde, una soñadora impenitente convertida en sumisa ama de casa por las circunstancias y el traicionero amor.

Clara, de apellido Pascual, tenía todo lo que se supone que puede desearse para ser feliz en la vida. Se casó muy enamorada con un ingeniero multilingüe. Un tipo atractivo, un triunfador. Un egoísta y un tacaño que exhibía a su mujer como quien muestra un trofeo, orgulloso de que todos la desearan. Porque ella, además de hermosa, era inteligente, tenía una carrera, era simpática, comprensiva, paciente. La mujer ideal. Se pasaba la semana sola en casa y no rechistaba. Al menos hasta que sintió que se ahogaba.

Clara Pascual dejó de amar a su marido en el mismo instante en que él sintió que la amaba más que nunca y la necesitaba más que a nada en la vida, que sin ella no podía ni respirar. La presencia de su mujer se hizo indispensable para alguien volcado del todo en su trabajo, para un hombre que no tenía tiempo ni para llamar a su madre o a sus hermanos, mucho menos a sus amigos. Un tipo con la vida social de una ameba cuyas necesidades de calor humano y cariño colmaba por completo Clara, a la que siempre encontraba esperando y dispuesta cuando volvía a casa.

Pero Clara se sentía sola. La lujosa casa decorada con exquisito gusto, repleta de obras de arte compradas en las galerías más selectas y objetos traídos de sus muchos viajes por el ancho mundo, no era más que un escaparate de los trofeos de aquel macho cazador. Entre aquellas piezas expuestas se encontraba ella. Aquella mujer que lo

poseía todo para ser feliz en apariencia pero que se había convertido en un alma triste que se ahogaba en la soledad. Un ser a disposición de otro ser superior que solo la tomaba cuando necesitaba calor humano, cuando buscaba a alguien que curara sus heridas y le sirviera de ayuda para superar las fatigas del acontecer diario. Y en el día a día la contemplaba como a otro de sus objetos preciosos, un trofeo más.

Clara Pascual se cansó. En las ausencias de su *omniausente* marido comenzó a volar lejos del nido. Volvió a hacer las cosas que antaño hacía: visitó museos, fue de compras a algunas librerías de viejo y buscó rincones amables en los que sentirse bien. Siempre que la soledad se hacía demasiado espesa, cuando ya no podía soportar su peso en el corazón, cogía un tren que la llevaba hasta la ciudad. Allí, entre la gente, sentada en un parque con un buen libro en las manos, tomando algo en un bar acompañada de ese libro o, simplemente, paseando, se sentía bien.

Un día, ordenando unos armarios, Clara encontró una vieja agenda con notas, citas y direcciones de amigos que habían pasado por su vida hacía más de doce años, antes de que llegara él. Aquel hallazgo fue una especie de luz en la oscuridad de su aburrida existencia. Las notas le hicieron pensar en aquella otra vida que había tenido antes de ser una mujer casada, antes de habitar la gran casa. Los nombres, las direcciones y los teléfonos de aquellas personas que habían formado parte de su día a día hacía tanto tiempo y que ahora no eran más que un recuerdo la llenaron de nostalgia.

Y los recuerdos trajeron de su mano la tristeza. ¿Dónde se había quedado toda aquella gente? ¿En qué momento del camino se apearon de su tren? Era incapaz de decirlo porque lo peor de todo era que ni siquiera se había llegado a dar cuenta. Se sintió mal. Pasó un par de días sin salir de casa. Se encerró a cal y canto sin ni siquiera subir las persianas. Como siempre, el cazador no estaba con ella. Andaba de cacería atareado con un importante proyecto del que era director. Por la noche, cuando sonó el teléfono y le trajo aquella voz que ya empezaba a serle ajena, se dio cuenta de que no le importaba que estuviera lejos, de que le daba lo mismo tenerle allí o no. Y es que sabía que, aunque hubiera estado con ella, andaría demasiado ocupado con sus cosas y no le habría hecho caso, no hubiera prestado

atención a lo que le contara, ni le hubiera dado importancia a lo que le estaba pasando.

Al día siguiente Clara tomó el tren de las diez y siete minutos. Llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta de algodón y pasaba desapercibida entre la gente. A aquellas horas el tren estaba medio vacío. Se había recogido el cabello en una coleta y no se había maquillado. Se volvió a sentir ella misma, aquella que andaba por el mundo siempre con la sonrisa puesta, la gran tímida que se parapetaba detrás de un libro en la universidad, la chica que pasaba inadvertida entre la gente y en la que muy pocos reparaban.

Bajó del tren en la estación de Plaza Catalunya. Dejó atrás los pasillos subterráneos para sumergirse en el barullo de la gran urbe. Anduvo de aquí para allá sin rumbo. Entró en una librería de esas de saldos y encontró un libro que hacía tiempo que andaba buscando. Se llamaba *Modoc* de un tal Ralph Helfer y narraba la historia de amistad, desde niños, entre un hombre y un elefante. Una historia real, según rezaba la sinopsis de la contraportada. Con el libro en su mochila se sintió algo mejor. Luego compró un helado y paseó por las calles del barrio gótico dejándose llevar.

Y así, en ese despreocupado fluir, permitiendo que la ciudad le susurrara cosas al oído, disfrutando de los guiños que le dedicaba cada rincón, llegó a una plaza de ensueño a la que se accedía tras cruzar un atemporal arco de piedra. Justo al traspasarlo, un puñado de flores se desprendieron del techo de aquella catedral urbana cubierta de tilos y se dejaron caer sobre su pelo. Con aguda mirada de atenta paseante, deslizó sus ojos aquí y allá y sus pupilas prodigaron caricias a cada uno de los elementos de aquella maravillosa composición. Como no podía ser de otra manera, el Café de la Luna le llamó poderosamente la atención. Se acordó que de niña, por su mítico carácter despistado, los profesores, sus compañeros y hasta en su familia le achacaban a menudo el mal vicio de estar perpetuamente en la Luna.

Hay que decir que ese día, al entrar en el café, Clara se sintió como si hubiera puesto el pie en el único satélite natural de la Tierra. La luz tenue, el ambiente acogedor, los aromas acariciando su pituitaria. Se sintió bien, tenía la sensación de estar entrando en otra dimensión, en un espacio irreal. Anduvo posando la vista en cada rincón, en las paredes y en la gente y se dio cuenta de que había algo de mágico en

aquel lugar. Una cierta aura de placer alcanzado y de gozosa felicidad que flotaban en el ambiente. Los lugares tienen alma y emiten las vibraciones de aquellos que los han habitado. Clara lo ignoraba entonces pero aquel era un espacio donde infinidad de personas habían alcanzado el clímax y habían experimentado lo más parecido a la felicidad. Desconocía que allí había existido antaño un prostíbulo romano y más tarde tuvieron sus amores adúlteros una dama y su caballero medieval. Las partículas del placer y del goce de sus sentidos se habían quedado incrustadas en los cimientos del edificio y se iban liberando de vez en cuando impregnando a todos los presentes.

Clara escogió para sentarse la mesa que estaba justo en el centro. Tal vez fuera debido a que ya estaba resignada a ser siempre el centro de todas las miradas, aunque allí fue distinto. En aquel sitio todo era diferente. Conforme fue adentrándose, no sintió que la gente se girara a mirarla. No fue como si hubiese recorrido el espacio que la separaba de su mesa por primera vez. Fue un proceso mecánico, como una atracción, como si las fuerzas de aquel microcosmos la hubieran empujado a ocupar un lugar que le estaba predestinado. Nadie se giró a mirarla. Cada uno de los presentes estaba concentrado en lo suyo.

Entrando a mano derecha había un hombre volcado por completo en la lectura del libro que tenía entre las manos; con el tiempo supo que era Juan Salas, el lector. A mano izquierda, el yin de aquel yang: un escritor rodeado de folios escritos y otros en blanco, anotando, escribiendo, leyendo, reescribiendo; era el escritor Libio Sanjuán. Una vez sentada, a su izquierda vio a la estatua de las Ramblas; la diosa de la Fortuna saboreaba a boca llena un bocadillo de fuet. Frente a la chimenea, apagada aquel día, se encontraba el paleta-escultor, Prometeo Díez, que en ese momento imaginaba las formas que le daría a los troncos que permanecían esperando la ineludible crema hibernal; también pensaba, de vez en cuando, en la persona que compartía cama con él, en aquella desconocida cuyo aroma parecía tener almacenado perpetuamente en el recuerdo. Junto a la barra, de pie, una anciana con una taza en la mano y una sonrisa en los labios, doña Manuela. Y en el rincón que se formaba entre las escaleras y el piano, la hermosa mulata Berenice que sostenía entre las suyas la mano de su amante imaginario. A su derecha estaba sentado el duende, pero eso nunca lo llegaría a saber, solo era capaz de ver a Bruno Fusa, el

bohemio y soñador músico callejero. Y también estaba Demetrio, que charlaba con Miranda.

Clara pidió la carta de los tés a Miranda y eligió una variedad con toffee. Era un té negro, muy dulce, con el aroma y sabor característicos de esos típicos caramelos británicos de crema. Ideal para golosos. A veces se preguntaba si ella era de este tipo de personas o si, como muchos decían, los dulces eran un sustitutivo del sexo. Algún día lo averiguaría, pensó. La camarera le trajo su taza de té y una sonrisa. Ella se la devolvió y le dio las gracias. Mientras esperaba su consumición sacó la vieja agenda del bolso y empezó a ojearla.

De regreso a casa, se preguntó qué habría sido de aquellas personas. Algunas le habían sido muy queridas. Con ellas había compartido momentos importantes de su vida, el día a día, lágrimas y sonrisas. Pero los espacios comunes en los que se movía entonces tampoco le pertenecían ya. Llevaba varios años recluida en la casa grande y algunos más siendo una nómada del amor, siguiendo a su marido allá donde él decidía que debía encaminar sus pasos, sin mirar nunca atrás.

Pero había llegado el momento de mirar atrás, se dijo. De vuelta en casa. Todo vacío. Impecablemente vacío. Tristemente vacío. Solitario y triste. Nada más entrar encendió el televisor que había en la sala aunque enseguida subió a la habitación. Le hacía compañía oírlo. Se puso el pijama y bajó de nuevo a la cocina a prepararse un sándwich que le supo a abandono y se sirvió un vaso de agua que tenía regusto a melancolía y orfandad. Lo puso todo en una bandeja que dejó sobre la mesa de centro. Con el ruido de fondo de la tele se estiró en el sofá con un libro en las manos. Allí, sintiéndose sola y vacía, tomó una decisión: al día siguiente llamaría a algunos de aquellos números.

El nuevo día llegó. Aquella idea cobraba cada vez más fuerza en su cabeza. De todas formas hacer la primera llamada le costó un poco. Se sintió idiota durante todo el tiempo que duró, tratando de explicar quién era y por qué estaba llamando. Hoy en día es tan poca la gente que se pone en contacto con otra gente solo para saber cómo están que a sus interlocutores les costaba creerlo. Ciertamente, después de tantos años no era muy normal. Una, otra, otra llamada… Tonos que indicaba que estaban comunicando. Llamadas que no fueron contestadas. Números que ya no existían. Hubo de todo un poco. Pero

sobre todo, historias tristes, muchas historias tristes.

Isabel, su compañera de las clases de aerobic se había quedado medio inválida por un tema de columna. Estaba divorciada, cuidaba de su madre enferma y trabajaba para la ONCE. Ahora, además, estaba liada con un compañero de trabajo casado con el que empezó por diversión y del que se había «enganchado», según le dijo. El caso es que al principio no sabía quién era ella, le costó un rato hacerla recordar. Pero después de colgar la volvió a llamar, esta vez desde un móvil, para decirle que lo estaba pasando muy mal y que necesitaba hablar con ella urgentemente. Que no le había dicho nada porque su madre estaba en el dormitorio y podía oírla, que se tenían que ver cuanto antes. Pepe y Manoli estaban bien, habían tenido dos niños y ella había dejado su trabajo para cuidarlos; ahora Pepe se iba a quedar en la calle con cuarenta y tantos y estaban desesperados. Helena, con sus dos carreras, su independencia y su vida de éxitos estaba sumida en una terrible depresión. En un viaje a Jordania se había enamorado locamente de un sirio que estuvo con ella hasta que se casó con la mujer que sus padres habían elegido para él siendo un niño; no podía olvidarlo. Mariela estaba luchando contra un terrible cáncer de pecho; operaciones, quimios, depresión. Como siempre, parece que la tragedia se ceba con los más débiles y su suegro había muerto al poco de que le diagnosticaran a ella la enfermedad y su suegra hacía apenas unas semanas. Con todo su marido estaba para el arrastre y no eran capaces de ver el sol entre las nubes.

Y así, una tras otra, todas las presencias de su pasado, las personas que en otro tiempo formaron parte de su vida. Tal vez, la lección que otro hubiera podido sacar escuchando todo eso fuera que tenía suerte, que era una persona afortunada, sana, con una seguridad económica, con posibilidades y sin problemas. Pero la conclusión a la que llegó ella fue que solo hay una vida, que vivimos una vez y que es muy poco el tiempo para andar desperdiciándolo. Entonces, una idea empezó a dar vueltas en su cabeza. Y esta trajo otra y otra y otra más. Y siguió dándole vueltas a todo, al día siguiente, en el Café de la Luna. Allí, con un té entre las manos, esta vez aromatizado con vainilla, decidió que no quería seguir así.

Cuando el guerrero regresó a casa después de su última cacería le dijo que tenían que hablar. Él no la oyó. Ella volvió a intentarlo en

varias ocasiones. Y así durante muchos días. Pero no hubo palabras entre ellos y la ansiedad y el abismo fueron creciendo. E, inevitablemente, la vida continuó imparable para los dos. Ella en casa, sola como siempre, manteniendo encendida la llama del hogar. Él de aquí para allá, cazador de altos vuelos que nunca tiene prisa por regresar.

Un día la suerte cambió. Clara Pascual se encontró con alguien de su pasado, alguien con el que en otro tiempo había trabajado. Aquel hombre del ayer le ofreció el billete de ida a su salvación: un nuevo proyecto editorial buscaba periodistas. Pagaban poco pero, para ser sinceros, lo que menos le importaba era el dinero. Al cazador no pareció gustarle demasiado: él ganaba suficiente para mantenerlos a los dos y quería encontrarla esperando cuando regresaba a casa. Así llegaron los primeros desencuentros. Pero Clara ya no se llevaba bien con la soledad y era feliz con su nuevo y mal pagado empleo.

Y entonces apareció él. Aquel muchacho que maquetaba la revista. Era muy joven, casi diez años menor que ella. Era pelirrojo, era divertido y escuchaba a Clara Pascual cuando hablaba. La escuchaba y hasta llegó a preguntarle un día si era feliz. ¿Lo era? Aquel desconocido se preocupaba por saber algo que a su marido no le había importado nunca. Aquel chico tenía más atenciones con ella que el hombre con el que compartía su vida.

Y Clara empezó a volar. Cada taza de té que tomaba en el Café de la Luna se convertía en una especie de pócima mágica que la hacía reafirmarse en sus convicciones. El arco que separa la plaza del Record de la calle por la que se accede a ella era para la mujer-objeto una puerta a otra dimensión. Una dimensión en la que se desprendía de su aspecto exterior y de lo que era. Allí dejaba de ser «la mujer de» y podía ser lo que quisiera.

Aun sintiéndose mejor que nunca, aun haciendo lo que le apetecía, cuando empezó a darse cuenta de que no necesitaba a su marido cerca, de que ya no lo echaba de menos si no estaba, sintió miedo. Tal vez se estaba equivocando. ¿Y si se equivocaba? Intentó hablar de nuevo con él, pero el gran cazador no tenía tiempo para ella, ni siquiera para escucharla. Comenzaba a sentir algo por aquel chico que se preocupaba de su felicidad. Cuando estaba con él no le importaba nada. Era lo más parecido a estar en el local de Miranda, la misma

sensación de libertad y bienestar y de estar viviendo un sueño, una fantasía. Le pidió a su marido que la acompañara al café porque pensó que tal vez a él también le alcanzaría el hechizo.

Pero el cazador nunca entró en el paraíso de la bella dama. Andaba demasiado ocupado con sus cosas y ya ni siquiera requería su compañía, de tanto en tanto, para amarla. El que sí viajó hasta aquel universo secreto, ese mundo de sueños al que se accede al traspasar el arco gótico de piedra dejando atrás la fuente que canta, fue el joven caballero. Sucedió una tarde, al salir del trabajo. Clara coincidió con él en el ascensor. «¿Te apetece tomar un café?» Y, sin más rodeos, él aceptó.

El joven caballero quedó prendado de aquel rincón en el que nunca había reparado pese a frecuentar la zona a diario. Juntos caminaron bajo una lluvia de diminutas florecillas que les acompañó hasta la puerta del café. Y allí, amparados por el plenilunio, se miraron. Ella cogió la carta de tés que le ofrecía Miranda y optó por la Luna Oolong, que contenía una golosa mezcla de crocante y miel. El caballero pidió un café solo. Bueno, no del todo, acompañado de una humilde sacarina.

El tiempo se quedó congelado cuando Clara tomó la mano que tenía justo a la altura de sus ojos. El joven caballero se sorprendió, pero no retiró aquella porción de su cuerpo que iba desde la muñeca hasta los dedos. Incluso deseó en silencio que aquella parte de su anatomía hubiera abarcado mucho más para poder sentir el contacto de la piel de la mujer-objeto aún más próximo. A cada sorbo la sintió un poco más cercana. Con cada susurro y cada mirada, con cada palabra. Así, mirándose, susurrando, regalándose palabras, pasaron un buen rato. Hasta que, inevitablemente, llegó el momento de partir.

Pagaron la consumición, le devolvieron una sonrisa a la propietaria que estaba tras la barra y se marcharon. Antes de dejar aquel sueño atrás, bajo el arco ojival, Clara Pascual atrapó de nuevo la mano del joven caballero y, atrayéndolo hacia ella, posó un dulce y delicado beso en sus labios. No fueron así los que vinieron después, porque allí mismo, de nuevo en la plaza del Record, el caballero y la dama se comieron a besos haciendo revivir a las piedras el calor y la pasión de tiempos pasados, esculpidos en ellas por el cincel de los siglos.

No hacía falta más. Clara Pascual se había enamorado de otro

hombre. Y, aunque no fuese amor, el solo hecho de pensar en otro y de haberle regalado mil caricias y mil besos ya le pareció una buena excusa para abandonar el castillo donde la tenía presa el cazador. Pensó en todo lo que se le venía encima. Pero le pareció un precio escaso si se trataba de recuperar su libertad, si le devolvía a la persona que había sido y que ahora quedaba cautiva tras los muros de una gran casa a la sombra de su señor.

La bella dama, Clara, se marchó del castillo un buen día, prácticamente con lo puesto. Su ropa, sus libros y su ajuar ya usado, poco más. El cazador no quería dejarla ir. Intentó retenerla, la llamó estúpida y le dijo que se estaba equivocando. Clara pensó que tal vez tuviera razón, pero ella volvía a sentir mariposas en el estómago y de nuevo tenía ganas de vivir. Buscar una nueva casa no fue fácil. Tuvo que conformarse con un pisucho destartalado de menos de cuarenta metros cuadrados y de alquiler. Lo llenó de libros y metió algunos muebles que consiguió rescatar del castillo. Lo que le faltaba lo fue comprando de segunda mano y hasta recogió cosas que esperaban, desahuciadas, al lado de algún contenedor de basuras.

A veces, en la soledad de aquel nuevo espacio de su libertad, se sintió mal. De tanto en tanto se preguntaba si no se habría equivocado de verdad. Otras, cuando se cruzaba en la calle con un vagabundo, se veía a sí misma así. La imagen se repetía reiteradamente en su cabeza. No tenía nada. A duras penas conseguía pagar las facturas. Ni pensar en acudir a la peluquería o comprarse unos vaqueros nuevos. Perdió de vista el futuro. Se le habían esfumado los planes que otro había imaginado para ella.

Día tras día, Clara Pascual atravesaba esperanzada el arco que la llevaba hasta la plaza del Record. A veces tomaba un té, otras nada, otras era Miranda la que la invitaba. Y en su mesa del centro del local fue echando raíces y construyendo un nuevo presente en el que sembró semillas de futuro que, poco a poco, empezaron a florecer. Un día se puso a escribir. Había observado a Libio Sanjuán durante horas y más horas. Otro día oyó una conversación, una de las muchas que tenían lugar entre él y el lector.

—Creo que la escritura tiene mucho de urgencia. Una urgencia momentánea que se transforma pronto en calma —oyó decir, no recordaba muy bien a cuál de ellos.

Y Clara Pascual transformó en palabras su urgencia, porque era verdad que la sentía. Al principio, unas frases sueltas en unas servilletas, con el nombre del café, que tenían un dibujo en el que aparecían varias estrellas y la Luna. La idea le estuvo dando vueltas en la cabeza de camino a casa. De la cabeza le pasó al corazón. Allí, en la víscera tonta, fue cobrando forma. Maduró. La dejó unos días en barbecho hasta que decidió ponerse en serio con ella. La pensó a todas horas. La convirtió en una especie de prolongación de sí misma. Y, entre un té y otro, escribió una historia.

La historia hablaba de un lugar mágico escondido entre las vetustas piedras, entre los desgastados adoquines de una gran ciudad. Contaba cosas de un espacio habitado por seres de carne y hueso que se le antojaban mágicos porque eran capaces de vivir sus vidas cada día a su manera sin preocuparse por lo que pensarían de ellos los demás. Personas que soñaban tanto como respiraban, que construían mundos imaginarios en los que habitar porque el que les había tocado para vivir no les gustaba.

Al calor de una taza de té, embriagada por notas aromáticas de canela, pétalos de rosa y pomelo, unió, a cada palabra, otra; hilvanó, después, algunas frases. Miró a su alrededor y se apropió de rostros y vidas ajenas, las cinceló y les dio forma hasta hacerlas encajar en un libro de relatos que tituló *El Café de la Luna*. Y así, letra a letra, frase a frase, con cada palabra y con cada fragmento redactado, Clara Pascual se fue encontrando a sí misma. Pero esa ya es otra historia.

AGRADECIMIENTOS
PRÓLOGO
El Café de la Luna
La estatua que se enamoró del mar
La negra flor
Cuando ya no brillan las candilejas
Mil y una palabras
El lector
El duende que afinaba pianos a cambio de una flor
Camas calientes
Encuentros